

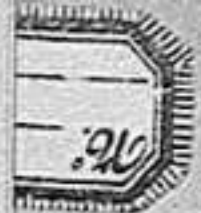
87 = 88.

Nº. —

ATENEO  
BARCELONÉS

---





ACTA

DE LA

SESION PUBLICA

MINISTERIO  
DE CULTURA





# ACTA

DE LA

## SESIÓN PÚBLICA

CELEBRADA EN EL

ATENEO BARCELONÉS

*el día 28 de Noviembre de 1887*



BARCELONA

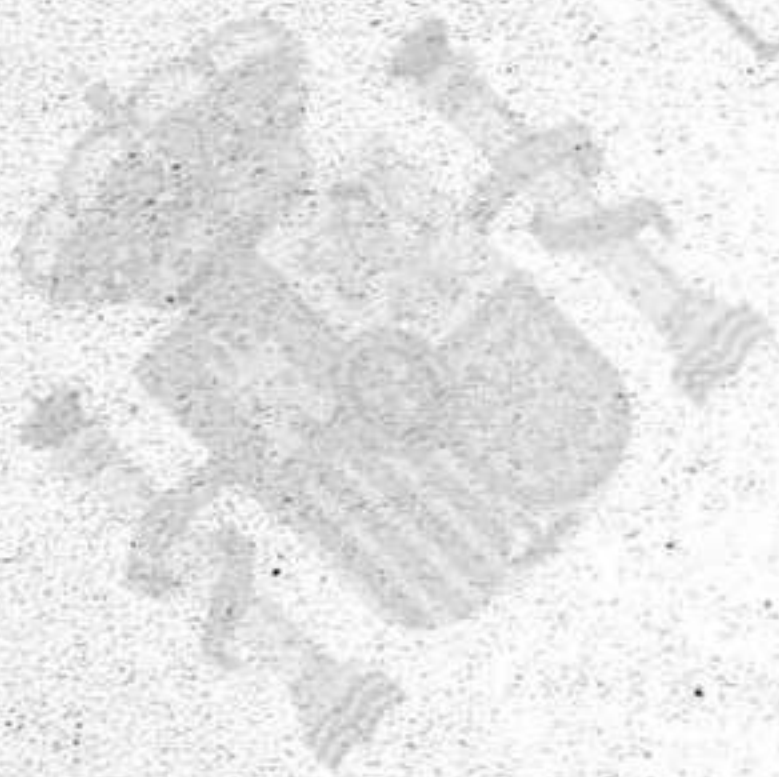
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE LOS SUCESORES DE N. RAMIREZ Y C.<sup>á</sup>

Pasaje de Escudillers, número 4.

1888



MINISTERIO  
DE CULTURA





# ACTOS DE LA SOCIEDAD

---

JUNTA DIRECTIVA PARA EL AÑO 1887-88.

PRESIDENTE:

D. Narciso Carbó.

VICEPRESIDENTE:

D. José Masriera.

SECRETARIO GENERAL:

D. Juan Plá y Más.

VICESECRETARIO. . . . . D. Joaquín Puigferrer Soler.  
CONTADOR. . . . . „ Eusebio Passarell.  
TESORERO. . . . . „ Joaquín Escuder.  
CONSERVADOR. . . . . „ Gustavo Batlle.

BIBLIOTECARIO

D. Federico Rahola.

VOCAL SIN CARGO:

D. Pedro García Faria.  
„ José Zulueta.  
„ Fortunato Tomás Salvany.  
„ Miguel Prim Magriñá.  
„ Rafael Pascal.  
„ José Coroleu.  
„ Ubaldo Iranzo.



## JUNTA DE LAS SECCIONES

---

### SECCIÓN DE LITERATURA, HISTORIA Y ANTIGÜEDADES

- D. José Pella y Forgas, *Presidente*.
- „ Joaquín Casas y Carbó, *Vicepresidente*.
- „ Francisco Javier Garriga, *Secretario*.
- „ José Montagut, *Vicesecretario*.
- „ José M.<sup>a</sup> de Galaup, *Revisor de cuentas*.
- „ Federico Rahola, *Vocal de la Directiva*.
- „ José Coroleu, *id. id.*

### SECCIÓN DE BELLAS ARTES

- D. José Luis Pellicer, *Presidente*.
- „ Tomás Moragas, *Vicepresidente*.
- „ Pedro Carbonell, *Secretario*.
- „ Antonio Vilanova, *Vicesecretario*.
- „ Santiago Rusiñol, *Revisor de Cuentas*.
- „ José Masriera, *Vocal de la Directiva*.
- „ Ubaldo Iranzo, *id. id.*

### SECCIÓN DE CIENCIAS MORALES Y POLÍTICAS

- D. Domingo Mortí Gofau, *Presidente*.
- „ Rogelio Columbié, *Vicepresidente*.
- „ Guillermo A. Tell Lafont, *Secretario*.
- „ Juan M.<sup>a</sup> Forgas, *Vicesecretario*.
- „ Juan Lluch, *Revisor de Cuentas*.
- „ Joaquín Puigferrer Soler, *Vocal de la Directiva*.
- „ José Zulueta, *id. id.*

### SECCIÓN DE CIENCIAS EXACTAS Y NATURALES

- D. Eduardo Agustí, *Presidente*.
- „ Pablo Torras Pascual, *Vicepresidente*.



- D. Agustín Bassols Prim, *Secretario*.
- „ Alejandro Cortada, *Vicesecretario*.
- „ Francisco Pell Davis, *Revisor de Cuentas*.
- „ Gustavo Batlle, *Vocal de la Directiva*.
- „ Pedro García Faria, *id. id.*

#### SECCIÓN DE AGRICULTURA

- D. Adolfo Más Yebra, *Presidente*.
- „ Joaquín de Gispert, *Vicepresidente*.
- „ Enrique Collaso, *Secretario*.
- „ José Esteve Puig, *Vicesecretario*.
- „ Francisco Gosé Argüem, *Revisor de Cuentas*.
- „ Joaquín Escuder, *Vocal de la Directiva*.
- „ Miguel Prim Magriñá, *id. id.*

#### SECCIÓN DE INDUSTRIA

- D. Buenaventura Durán, *Presidente*.
- „ Gabriel Solá y Escayola, *Vicepresidente*.
- „ Carlos Pigrau, *Secretario*.
- „ Ramón Falco, *Vicesecretario*.
- „ Avelino Conte, *Revisor de cuentas*.
- „ Eusebio Passarell, *Vocal de la Directiva*.
- „ Fortunato Tomás y Salvany, *id. id.*

#### SECCIÓN DE COMERCIO

- D. Antonio Goitisoló, *Presidente*.
- „ Luis Estasen, *Vicepresidente*.
- „ Alberto Batlle, *Secretario*.
- „ Amadeo Cros, *Vicesecretario*.
- „ Pedro Tuyet, *Revisor de cuentas*.
- „ Juan Plá y Más, *Vocal de la Directiva*.
- „ Rafael Pascal, *id. id.*



## SESIÓN INAUGURAL

*del año académico de 1887 á 1888, celebrada el  
día 28 de Noviembre de 1887*

PRESIDENCIA DEL SR. D. NARCISO CARBÓ

En la ciudad de Barcelona, á los 28 de noviembre de 1887, reunidos los socios en su Salón de Cátedras, con asistencia de las Autoridades y gran número de Corporaciones al efecto invitadas, el Sr. Presidente declaró abierta la sesión inaugural del presente año, y para dar lectura de la reseña de las tareas del último curso académico, concedió la palabra al vocal de la Junta Directiva, Secretario general saliente, D. José Zulueta, quien se expresó como sigue:

SEÑORES:

Bien se me alcanza, Señores, que no os ha juntado en asamblea tan solemne el deseo de oír la reseña de los trabajos verificados por esta docta corporación, en el curso académico que hoy espira. ¿Quién de vosotros ignora el balance de nuestros fondos, estando, como está, á todas horas de manifiesto; las oscilaciones habidas en el alta y baja de los socios, las adquisiciones hechas para la biblioteca, cuando no pueden ser un secreto para nadie? ¿Quién no recuerda las conferencias aquí profesadas y los debates aquí sostenidos con brillantez extraordinaria, siendo así que, á favor de la prensa, atenta siempre á nuestros trabajos, han logrado en el público resonancia tan merecida?

Precisamente porque tanto nos interesamos por



el Ateneo y sus trabajos, se convierte en motivo de regocijo, tras la tregua forzosa impuesta por el verano, la apertura de un nuevo curso; y todos acudimos gozosos á solemnizarla, que también las colectividades gustan de celebrar sus cumpleaños. Ocasión es esta, aprovechada por el nuevo Presidente para dar muestra gallarda de su valía, desarrollando un problema de palpitante interés y toda tardanza en oírle se convierte en impaciencia para escucharle; sobre todo, cuando se trata de una eminencia científica de la talla del Dr. Carbó, en quien se puede agotar el vocabulario de las alabanzas, sin el más leve temor de que se caiga en las bajezas de la lisonja.

Harto sabeis que no está en mí eludir el precepto reglamentario, que me fuerza á mortificar vuestra atención; pero, siquier tenga que repetir cosas de todos sabidas, y reducir á recuerdo escueto cuadros de subida animación, no huelga, ciertamente, mi trabajo; que en este día nos honran con su presencia representantes de la prensa, de las corporaciones científicas, económicas y literarias de Barcelona, las autoridades superiores del Principado, y ello dice bien á las claras, que mi tarea no se reduce á registrar los totales de un balance, los productos de un recuento, ó los resultados de un inventario, sinó que es preciso poner el pensamiento más alto, sujetando á severo examen de conciencia la vida toda de un año, ya que á la postre esta reseña se eleva á la categoría de confesión pública y solemne de nuestros actos, en la cual declaramos humildes nuestros pecados, y ostentamos con orgullo los timbres de nuestra gloria.

Sin duda el Reglamento ha querido imponer con



esto la sanción única que cabe para el cumplimiento de los deberes morales, la sanción de la opinión pública. Castigo severo para aquellos, que, indolentes ú obcecados, no han sabido responder á las tradiciones gloriosas de esta corporación ó á los empeños nobilísimos de su instituto: galardón, bien efímero en verdad, para aquellos que en recompensa de sus esfuerzos, oyen como su nombre suena un momento en esta solemnidad, para quedar sepultado después en el olvido de nuestro archivo, hasta que una mano piadosa venga á desenterrarlo, cuando se escriba la historia del Ateneo.

Tócame, pues, también, pediros un aplauso sincero para los socios entusiastas que han fulgurado desde nuestra cátedra y en el choque de los debates la luz de sus conocimientos. Las ideas por ellos vertidas *ludibria ventis*, al caer en inteligencias bien dispuestas, fructificarán acaso, y contribuirán así á la cultura patria; pero es bien justo que registremos sus nombres con agradecimiento ya que han venido á continuar la labor fecunda que constituye la vida del Ateneo, manteniendo el fuego sagrado de su actividad y el prestigio civilizador de su nombre.

Menos mal para mí, y para vosotros, si al lado de tarea tan noble, y á la par tan grata, no existiera la nota prosáica. La Junta Directiva, que tuvo á honra ser presidida por D. Juan Tutau, ha de rendir cuenta de su gestión. Antes de abordar la materia, cúmpleme declarar noblemente que el esplendor de nuestra Sociedad durante el curso anterior, no tanto se debe á nuestros esfuerzos, como á la cuantía de la herencia por nosotros adida, así como también que ciertas deficiencias no estaba en nues-



tra mano colmarlas: unas por venir impuestas de la necesidad de sujetar nuestra conducta á normas trazadas por Juntas anteriores, normas que no se podían romper sin grave menoscabo de la seriedad de la corporación: otras, por ser resabios de estrecheces de otros tiempos, dolorosos vestigios de pasajeros desfallecimientos en períodos dados de nuestra historia.

Podeis tener por bien seguro, que sin el patriotismo y la abnegación de las Juntas que por acaso han tenido la responsabilidad de la dirección social en trances difíciles, el Ateneo hoy no existiría; como sucedió cuando el Ateneo Catalán, venido á postración extrema, sus fundadores temieron justamente por su existencia y se hizo la fusión con el Círculo Mercantil Barcelonés; como sucedió también en aquellos cursos en que enmudecían las secciones, callaba la cátedra, bajaba el número de socios y se dejaban sentir los ahogos de la necesidad. Pasada la crisis suprema en que se desligó la tribuna de toda traba, nuestro actual Presidente tuvo la fortuna, en el año 78, de presidir un curso que es, sin disputa, uno de los más memorables de nuestra historia. De aquella fecha data nuestra prosperidad progresiva.

\*  
\* \*

Tan fuerte se ha sentido de entonces acá el Ateneo, que hace cuatro años, bien lo sabeis, se proyectó construir un edificio propio. No ignorais que la comisión creada al efecto, puso sus ojos en el edificio destinado actualmente á cuartel de la Guardia civil; que para adquirirlo fué menester incoar



un expediente, á fin de que el Gobierno autorizara una permuta con otro edificio apropiado á las necesidades del benemérito cuerpo.

El expediente ha seguido una peregrinación ofi- cinesca, según parece indispensable, del Ministerio de Hacienda al Ministerio de Gobernación, del Ministerio de Gobernación al Ministerio de Hacien- da, donde actualmente se halla, próximo á termi- nación definitiva.

El Presidente de la Comisión de edificio nuevo, Excmo. Sr. D. Manuel Girona, no sólo ha dado pruebas de la gran actividad que le es propia, aco- sando sin cesar el expediente, para hacer breves los trámites impuestos por la administración pública, interminables de suyo, sinó que además ha dado pruebas de un desinterés realmente poco común, en las siguientes gestiones aprobadas por la Junta Directiva.

Como quiera que el Sr. Girona propusiera á la Junta directiva la adquisición de unos terrenos muy propios para el emplazamiento del nuevo cuartel, y como la Junta Directiva no se creyera autorizada para arriesgar en ellos una cantidad respetable, pues no podía tener la seguridad del resultado del expediente á que me he referido, el Sr. Girona partici- pó á la Junta, que adquiriría en nombre propio los terrenos en cuestión, y se disponía á construir el nuevo cuartel por su cuenta y riesgo, compro- metiéndose formalmente á ceder terrenos y edificio al Ateneo, sin aumento de precio, en el caso proba- ble del feliz éxito del expediente; y en cambio, si por desgracia fracasaba éste, no exigía del Ateneo el más pequeño gravamen, quedando, por consiguiente, de su propiedad los terrenos y edificio supra-dichos.



De suerte, Señores, que estando, como están á punto de terminar las obras emprendidas por don Manuel Girona, el día, quizá próximo, que quede autorizada la permuta, la Guardia civil podrá desalojar inmediatamente el actual cuartel, y será cosa de poco tiempo la posesión por el Ateneo de un edificio adecuado á sus crecientes necesidades.

La fe y el entusiasmo con que el Sr. Girona se ha consagrado á la realización de este empeño, hicieron concebir á la Junta las más halagüeñas esperanzas, y á ellas subordinó todos sus planes, y ellas le sirvieron de criterio para la resolución de todos los asuntos.

Según esto, no extrañareis que la Junta tuviera la superstición del presupuesto. Al presupuesto, pues, se sujetó estrictamente en todos los gastos. A bien que nunca habría incurrido en ciertos despilfarros, puesto que abrigaba la creencia de que á una Sociedad como la nuestra no le sientan bien las ostentaciones del lujo y los perifollos de la vanidad; tuvo que limitarse, cohibida por la estrechez del presupuesto, únicamente á aquellas mejoras en el mobiliario demandadas por el *comfort*. Pudo, con todo, lograr un aumento bien apreciable en la comodidad que es bien disfruten los señores socios, en los ratos de conversación y recreo autorizados por el Reglamento.

No he de deciros, porque es de poca monta, que se ha reformado el Reglamento interior, estableciendo orden jerárquico entre los dependientes de la casa. Pero ya que he deslizado esta indicación, he de decir también que los resultados obtenidos han legitimado la medida.

En cambio, la Junta Directiva no ha podido dar



cima á su propósito de hacer en los Estatutos una reforma, reclamada de consuno por las nuevas necesidades ya sentidas por el Ateneo y por la nueva vida que le espera, cuando se realice el sueño dorado de tener edificio propio. Las dificultades opuestas por los actuales Estatutos á su reforma, las dificultades, todavía mayores, que se presentan para concertar el acuerdo en una materia que suscita tan encontrados pareceres por el natural deseo que todos tienen de contribuir al bien de la Sociedad, han sido parte para que el proyecto de reforma, aprobado por la Junta Directiva, tras detenida discusión, no haya podido pasar á las secciones, para recibir de los señores socios la sanción indispensable.

Tampoco ha podido la Junta evitar que se impusiera por el propietario de una parte de nuestro local, un aumento de *cinco* pesetas diarias en el alquiler que se le satisface. Ello ha sido causa de que aumentaran los gastos de esta corporación, entre los cuales los hay que parecen insignificantes, tales, por ejemplo, la partida destinada al timbre móvil, que asciende, nada menos, que á mil ochocientas pesetas anuales, y, sin embargo, depredan esterilmente nuestros rendimientos.

De todos modos, nuestro estado económico es satisfactorio.

Contando con un presupuesto de ingresos de 90,713 ptas. 55 cts., la Junta satisfizo todos los gastos, dejando un remanente de 19,805'68 ptas.; esta partida se destina, como es sabido, al fondo de reserva, consagrado á edificio nuevo, y que en la actualidad asciende á ps. 153000 nominales en títulos de la deuda exterior de 4 p.<sup>o</sup>/<sub>o</sub>, con una renta



anual de 6,120 ptas. que se acumulan al capital. Hay además para invertir 7,147 pesetas.

La Junta Directiva, creyendo que no se ha de tardar mucho sin que el Ateneo esté llamado á resolver la cuestión del edificio nuevo, concedió un plazo de tres meses para que los que fueron socios del antiguo Ateneo Catalán y del Círculo Mercantil Barcelonés, pudieran reingresar en el Ateneo sin satisfacer derechos de entrada. Si el acuerdo fué oportuno dígalo el hecho de que no pocos lo aprovecharon. La Junta entendió prestar con ello un modesto tributo á la memoria de aquellas Sociedades y una prueba de consideración á sus entusiastas fundadores.

Gracias, en parte á este aumento, más apreciable por la calidad que por el número, y merced, sobre todo, al ingreso de nuevos socios, puedo manifestaros que:

En 1.º de Julio de 1886 encontramos 1.242 socios en las listas, y en 30 de Junio de 1887 se cerró el ejercicio académico con 1,301 socios; calculad si habrá sido grande el aumento, cuando la muerte ha causado entre nosotros un número de bajas por todo extremo dolorosas.

SRES. SOCIOS FALLECIDOS DURANTE EL AÑO  
1886 Á 87.

- D. Pedro Collaso y Gil
- „ Rafael Euras.
- „ Juan Vicens.
- „ José de Argullol.
- „ Francisco Mandri.
- „ Antonio M.<sup>a</sup> Brusi.



- D. Nicolás Manent.
- „ Erasmo Ciuró.
- „ Pedro Tous.
- Sr. Marqués de Gironella.
- D. Francisco Civils.
- „ José Martí.
- „ Pedro Arús.
- „ Luís Peipoch.
- „ Agustín Arquimbau.
- „ Domingo García Losada.
- „ Antonio Ferré.
- „ Modesto Vidal Roig.
- „ Santiago de Rull Artós.
- „ Manuel Grau Espalter.
- „ Armengol Pont Sanmartí.
- „ Eugenio Estasen.
- „ Joaquín Soler.
- „ José M.<sup>a</sup> de Eizaga.
- „ Gustavo Lehmanny
- „ Joaquín Rubio Lluch.

Entre estos consocios, distinguidos todos, recordamos, quién al conspicuo profesor que más de una vez aplaudiéramos en la tribuna; quién al compañero ilustrado con el cual debatíamos en amigable conversación las cuestiones del día; unos al amigo cariñoso que se ha llevado al sepulcro confidencias íntimas; otros al celoso cumplidor de los cargos que nuestro voto les confiara; pérdidas irreparables que entristecen este relato. ¡Cuántas ilusiones en flor se han agostado! ¡Cuántos proyectos se han perdido! ¡Cómo debemos todos apresurarnos á contribuir con algo útil á los fines de la Sociedad, para que la muerte no nos sorprenda en las esterilidades de los buenos propósitos!



Estas pérdidas han sido muchas en número; mas ¿qué importa el número si tan fácilmente se repone? También ha habido, como es natural, bajas voluntarias, pero mucho menos sensibles; aun así acabais de ver que el aumento ha sido considerable.

¿Y cómo no? El Ateneo Barcelonés, con una actividad intelectual no interrumpida, con su magnífica biblioteca, siempre creciente, es un centro de atracción irresistible, en el cual han de caer de necesidad los que sienten afán de saber, aspiraciones á lo ideal, la comezón inefable de cambiar con personas ilustradas ideas, afectos, propósitos desinteresados; en una palabra, los que tengan una convicción y pugnen para propagarla, los que vean ciertos errores triunfantes y no se resignen á sufrirlos.

¿En dónde se encontraría un gabinete de lectura provisto de 190 publicaciones, de las cuales hay 29 locales, 57 del resto de España y las demás extranjeras? ¿Qué Sociedad particular puede ostentar, como nosotros, una biblioteca compuesta de 13,500 tomos y 1,266 folletos, sin contar los repetidos y multitud de catálogos españoles y extranjeros?

He tenido especial interés en ofreceros este dato exacto, y gracias á la diligencia del Sr. Oficial y demás dependientes de la biblioteca, puedo garantizarlo.

El espíritu de economía que preside á todos los gastos de la casa, se ha detenido, por fortuna, en los umbrales de la biblioteca. Desde la fundación del Ateneo, todas las Juntas Directivas han considerado la biblioteca como hija mimada y á ella han consagrado la solicitud más exquisita. Cosa rara, señores, tan solícitos cuidados, lejos de aliviar el trabajo de los sucesores, lo aumentan; al compás que la biblioteca crece y adquiere más importan-



cia tiene exigencias mayores y han de aumentar también los recursos que se le otorguen. Por suerte de todos, en el curso pasado, ha corrido su dirección á cargo del eximio historiador y publicista don José Coroleu. No os diré que se han adquirido 479 volúmenes, porque no importa el número sinó el valor intrínseco y la cuantía de las obras. Larga sería la lista si me propusiera recordar las más importantes; citaré como muestra el *Glossarium Medicæ et infimæ latinitatis*, de Ducange, obra sin la cual no se puede abordar el estudio de la edad media; *Costumes historiques*, de Racinet, indispensable para los artistas, y de la cual sólo otro ejemplar existe en Barcelona; *El Museo Militar*, de relevante mérito histórico; *España, sus monumentos y artes*, de Madrazo, etc., etc.

La gran parte que se ha llevado la amena literatura, obedece á que los libros de esta clase son los únicos que pueden salir al Ateneo.

La Junta Directiva, reconociendo que era una gravísima dificultad para los señores bibliotecarios el que se vieran obligados á distraer no pequeña parte de su presupuesto en encuadernaciones, y viendo que quedaban de ejercicios anteriores un gran número de obras en rústica, contrató la encuadernación de una sola vez de 2,000 volúmenes con cargo á los presupuestos del año siguiente, destinándole capítulo especial, á fin de no grabar la consignación del nuevo bibliotecario.

Débese á las gestiones practicadas en Madrid por el Sr. Coroleu, para que los Ministerios concedan al Ateneo obras guardadas por duplicado en sus archivos, el que hayan contestado afirmativamente los señores Ministros de Ultramar, Hacienda y Marina.



Cumpliendo un acuerdo de la Junta precedente, se formó la biblioteca regional con autores existentes en nuestra biblioteca, invirtiendo además todo el presupuesto especial á ella consignado. Así resulta casi completa la colección de historiadores, jurisconsultos y dramaturgos catalanes.

Hay bibliotecas que tienen la fortuna de verse alimentadas con regalos copiosos y legados de consideración; en la nuestra casi todo se hace con dinero contante y sonante. No ha llegado, por fortuna, la ocasión de poblar nuestros estantes con las mandas hechas de su biblioteca por alguno de nuestros consocios, que, según me consta, han caído en la cuenta de que por tan sencillo medio evitan que, herederos profanos ó ajenos á ciertos estudios, lleven á un puesto de viejo, los dulces compañeros de tantas horas de vigilia.

Según cálculos del Sr. Administrador de la casa, el promedio de lo gastado en la biblioteca es de 12,030 pesetas anuales (1), no mucho, en verdad, ya que en mi sentir la biblioteca es para el Ateneo su primer fondo de reserva, porque constituye la

(1)	1er. año 1873 á 74	Pts. 10,422,76	}	promedio anual	8,574,03
	2.º » 1874 á 75	» 8,148,75			
	3.º » 1875 á 76	» 7,977,19			
	4.º » 1876 á 77	» 8,401,66			
	5.º » 1877 á 78	» 9,805,84			
	6.º » 1878 á 79	» 6,687,97			
		51,444,17	}	promedio anual	12.036'50
	7.º » 1879 á 80	» 15,779,77			
	8.º » 1880 á 81	» 12,488,62			
	9.º » 1881 á 82	» 13,547,40			
	10 » 1882 á 83	» 22,519,34			
	11 » 1883 á 84	» 11,777,61			
	12 » 1884 á 85	» 11,408	}	promedio anual	14,785,94
	13 » 1885 á 86	» 16,071,20			
	14 » 1886 á 87	» 13,392'07			
		88,715,62			
		<u>168,428,18</u>			Término medio 12,030,50.

Los 6 primeros años el término medio fué de 8.574,03.—Los dos siguientes, 14.134,19.—Los seis últimos, 14,785,94.



primera base de su crédito, su principal razón de ser y su más poderoso atractivo.

\*  
\* \*

Los beneficios de la biblioteca son granjería exclusiva de los socios; en cambio las conferencias se consagran á la ilustración del público, que nunca se ha mostrado reacio en acudir al llamamiento. No desmerecieron, ciertamente en el curso anterior de su tradicional importancia. Mas nótese, Señores, cómo refleja nuestra cátedra la mudanza de los tiempos. Antiguamente bastaban á satisfacer las exigencias del Ateneo el número reducido de personas que venían á saborear los discreteos científicos y literarios, de hombres, á no dudarlo, eminentes y doctos; hoy necesitaríamos ver lleno de bote en bote este espacioso salón, y con frecuencia lo vemos, para colmar nuestros deseos; ya no se habla de abstracciones científicas, sino de hechos; ya no de elucubraciones filosóficas, sinó de aplicaciones concretas.

No mentaré la sesión inaugural del año pasado, porque todos vosotros habreis leído en el acta de la misma la bien escrita Memoria de mi distinguido antecesor D. Rosendo Jener, y el importante discurso de D. Juan Tutau. Mas, parád mientes en comprobación de mi aserto, que si el tema del discurso fué *Consideraciones generales sobre Hacienda y especialmente sobre Impuestos*, el objeto predominante reivindicar para este linaje de estudios la atención reflexiva, sin la cual ningún ciudadano puede celar sus propios intereses.

Los adelantos científicos, así en lo que se refiere á la observación de los fenómenos naturales, como á la experimentación en los fenómenos físicos, han operado y están en camino de operar revolución



tan radical en la agricultura, que ya no se concibe ésta sin estaciones agronómicas y laboratorios agrícolas, sin la previsión del tiempo probable y el establecimiento de estaciones metereológicas. Pues todo cuanto á esto se refiere, fué explicado con gran conocimiento de la materia, en dos noches distintas, por D. Mariano Capdevila y Pujol, ingeniero pensionado por la Excma. Diputación provincial. (1)

Lo porvenir de nuestro Archipiélago Filipino intéresa vivamente á todos los amantes de la grandeza patria. Debemos á D. Juan García Villarraza, Presidente de la Sociedad protectora de animales y plantas de la Habana una conferencia interesante, como hija de la observación personal, acerca del *Estado de progreso y organización de las Islas Filipinas*. (2)

En momentos en que se formaba una Sociedad para explotar las pesquerías del Sahara, y en momentos en que no se podía abrir un periódico sin tropezar con noticias referentes al Río de Oro, se anunció la conferencia de D. Víctor María Concas, Teniente de navío de primera clase, sobre *Las pesquerías españolas de la costa de Africa*. No he de decir si fué numerosa la concurrencia: pocas veces se había visto igual en este salón. El señor Concas correspondió por la elegante facilidad de sus descripciones, por lo nutrido de los datos y por lo atinado de las consideraciones, á la expectación que lograra despertar en el público. (3)

Los conocimientos relativos á la literatura sanscrita son, en realidad, poco familiares á la genera-

(1) 1 Diciembre 1886.—21 Enero 1887.

(2) 21 Enero.

(3) 16 Febrero.



lidad de las personas ilustradas. D. Enrique Soms, Secretario de la sección de literatura, ocupó agradablemente la atención del auditorio, leyendo trozos selectos de autores indios, tras consideraciones oportunas acerca el carácter general de aquella literatura, en la cual reconocen su origen las modernas europeas. (1)

D. Luís Rouviere, para quien no era nueva la cátedra del Ateneo, dió un verdadero curso, explicando en seis noches distintas la naturaleza del color, la luz y la fuerza, en cuanto pueden servir para la solución técnica de las crisis industriales, incluso la naviera. He visto publicado este trabajo en la *Revista de Marina*, y tengo entendido que ha de ver la luz pública vertido al inglés. (2)

Antes que M. Cumberland mostrara al público barcelonés su maravillosa aptitud para adivinar la dirección del pensamiento, D. Víctor Rahola, que departía acerca de estos fenomenos en conversación particular con los amigos, como practicara con pasmosa facilidad y precisión algunos experimentos, hubo de llamar tan poderosamente la atención de los socios, que éstos se reunieron en gran número y sus explicaciones tomaron el carácter de verdadera conferencia. No mentaría este incidente sino hubiese merecido la atención de la prensa local.

Hay otra suerte de fenómenos, en los cuales se mezclan en proporciones iguales, lo misterioso de lo increíble, y lo atractivo del incierto problema científico, me refiero al hipnotismo. Los doctores D. Bartolomé Robert, D. Juan Giné y Partagás y D. Emilio Clausolles, presentaron en la noche del

(1) 5 Marzo.

(2) 23 Marzo, 30 Marzo, 1 Abril, 13 Abril, 16 Abril, 27 Abril.



27 de Abril á un doctor italiano, D. Alberto Dass, practicando juntos una serie de experimentos, acompañados por el Sr. Dass de la oportuna explicación científica, sorprendentes hasta el punto que llenaron de asombro el auditorio, y motiváronse sendos artículos en los periódicos de la localidad (1). Merece plácemes, y me complazco en tributárselos, la constancia del veterano profesor de idiomas Sr. Roig en su enseñanza del inglés, constancia que se explica por los resultados prácticos obtenidos.

En bellas artes sólo puedo registrar el concierto dado por la Srta. Guerra (2); fué tan notable, que la Junta Directiva, como testimonio duradero de la admiración del Ateneo, ofreció á la Srta. Guerra una joya de oro con la medalla de esta Sociedad.

También los debates han sufrido metamorfosis apreciables. Ya no son torneos académicos para lucir la gallarda postura y el brillo de las armas. Las disertaciones académicas de otros tiempos se han convertido en combate formal para el triunfo y propaganda de las ideas.

La sección de ciencias morales y políticas, puso á discusión las relaciones del socialismo con el progreso moderno. El Sr. Presidente del Ateneo, con muy buen acuerdo, invitó á los jefes reconocidos de las escuelas socialistas, á que expusieran sus doctrinas y formularan las pretensiones de su escuela, á fin de que no se combatiese á un fantasma, como otras veces, sino al socialismo auténtico, real, genuinamente expuesto por sus propios partidarios.

¡Qué espectáculo tan hermoso, Señores! Bajo la Presidencia de un docto catedrático y prohombre

(1) 23 Abril.

(2) 26 Noviembre.



distinguido del partido conservador, D. José María Planas, chocaron en este recinto, en medio de cortés tolerancia, las escuelas más adversas. Bien planteada la cuestión en los términos á la vez comprensivos y precisos que exigía la naturaleza del debate por el Secretario D. Joaquín Puigferrer, era de oír al Sr. Salas Antón, preconizador entusiasta del socialismo de cátedra, frente al Sr. Balagueró, afeerrado al individualismo espiritualista cristiano, y frente al Sr. Rahola, formulando las conclusiones individualistas á que lleva de suyo la teoría de la evolución: aquí el Sr. Domenech defendiendo los sentimientos heridos por el socialismo y el señor Danyans con su comunismo inflexible: aquí el catolicismo firme, pero tolerante, tuvo su campeón valiente en el Sr. Martí Gonfau, y representantes no menos convencidos, el liberalismo político del Sr. Tutau, tocado de propensiones un tanto socialistas, y el liberalismo económico del Sr. Pasarell. suavizado por temperamentos de oportunidad: aquí los matices varios del socialismo militante fueron sostenidos, no sólo con vigor y vehemencia por los obreros Sres. A. Lorenzo, Llunas, Caparró y Reoyo, vigor y vehemencia que se comprenden, pues á la postre pleiteaban su propia causa, sinó también con una cultura intelectual, de muchos no sospechada, en los corifeos de las reivindicaciones del cuarto estado, y con una cultura social verdaderamente digna de este centro científico; y contrastando con ellos, el catolicismo intransigente del Sr. Lafuente. No bastó que se celebraran sesiones dobles por semana; entrado ya Junio, muchos oradores se vieron precisados á renunciar á la palabra para rectificar, no pudieron usarla otros que, como



el Sr. Columbier, la tenían pedida para consumir turno, y hubo que darse por terminado el debate, sin que las circunstancias permitieran al Sr. Planas pronunciar el discuso resúmen que, como suyo, era esperado con vivo interés.

Nunca, jamás el Ateneo había visto animación semejante. ¿De quién fué la victoria? del Ateneo, que ha sabido ser, conforme anhelaba uno de sus ilustres fundadores, "escuela práctica de tolerancia". ¿De quién ha sido el provecho? En primer término, de los oradores que han puesto sus ideas al toque de la discusión; en segundo término, del auditorio, que en pocas noches ha podido nutrirse del fruto de acervas y porfiadas vigiliás, y de la cuestión social, por último, pues siendo el más grave de los peligros de ésta, la intransigencia, engendro funesto del egoísmo de clase, las mutuas recriminaciones de violencia y tiranía, han podido contemplar los socialistas, como en un centro eminentemente *burgués*, para usar su lenguaje, se oía sin pestañear y con benevolencia sus reivindicaciones, dichas en crudo, y han podido aprender todos cuán fácil es departir amigablemente y llegar quizá al esclarecimiento de la verdad, poniendo en olvido al tirano de arriba y al demagogo de abajo, para no ver sinó, dónde se halle, al hombre de rectas intenciones y humanitarios propósitos; así vista blusa, así calce guantes.

\*  
\* \*

No sólo por tan brillante manera ha podido el Ateneo cumplir su misión de paz en nuestra conturbada sociedad. La Junta Directiva elevó su voz hasta el Jefe del Estado, para que un acto de gracia, en quien tiene el envidiable privilegio de otorgarla, evitara que los condenados á muerte por los



sucesos de Septiembre, aumentarán el triste cortejo de víctimas que han dejado en pos de sí nuestras discordias civiles.

\*  
\* \*

Estos son nuestros actos. ¿Podíamos hacer más? ¿Cómo negarlo si hay seis secciones que sólo se han reunido para la elección de cargos? Acaso explique la tradicional inacción de esas secciones la existencia en Barcelona de multitud de Institutos y Sociedades especiales creadas para el fomento de los intereses y ramas de la actividad de que nuestras secciones también toman nombre. Si es así ¡qué error tan funesto! Como existe en Londres un banco consagrado á cancelar y liquidar diariamente las operaciones de todo el comercio de la gran ciudad, así las sociedades, como el Ateneo, en que caben todas las tendencias, se reúnen todas las aptitudes, son respetadas todas las doctrinas, atendidos todos los intereses y recibidos cordialmente cuantos quieren la ilustración y el progreso, tienen como objeto supremo reunir las manifestaciones varias de la actividad de un pueblo y ser el foco de las superiores energías sociales. Sólo por tal manera pueden tener eco las vindicaciones, prosélitos la idea, eficacia los esfuerzos, armonía las tendencias divergentes, cumplimiento las aptitudes especiales, prosperidad y progreso la patria.

Es achaque ya crónico, decir que no se compadecen fácilmente el reposo demandado por la ciencia con el traqueteo de las fábricas y el tráfago del comercio, el desinterés del hombre de teoría, con el afán del tanto por ciento bursátil.

El Ateneo Barcelonés, después de 27 años de existencia, en los cuales ha debatido libremente



todos los problemas sociales, expuesto todas las novedades científicas y filosóficas, premiado obras de arte en pública exposición, prestado culto á la música y poesía, pugnado por los intereses de la industria y el comercio y atendido, en suma, á cuanto existe en nuestra sociedad con gérmenes de vida, bien puede presentarse como contradicción viva de tamaño error, y decir á los que tanto blasonan de prácticos: “lo práctico en nuestros tiempos es que las combinaciones útiles del trabajo vayan siempre precedidas de las luces de la ciencia, y acompañadas de los esplendores del arte”. — HE DICHO.

A continuación el Sr. Presidente, D. Narciso Carbó, pronunció el siguiente discurso:

SEÑORES:

Difícil taréa sería para mí en estos momentos el expresar con lucidez las impresiones que me asedian. Por una parte me hallo conmovido de una manera grata, al poderos dirigir la palabra desde este sitio, en el que me colocó por segunda vez vuestra benevolencia, que nunca pudieron ser mis particulares dotes y conocimientos, y por otra se detiene la corriente agradable de mi ideación, al considerar cuánto podrá descender hoy el brillo de este acto, en lo que al encargo presidencial atañe. Y es que aun me parece oír como los ecos de este salón repiten la elocuente palabra de mis antecesores en estos últimos años, los que, con motivo de esta solemnidad literaria, expusieron, unos, el fruto de sus profundos estudios en los variados ramos de la riqueza pública, y trazaron otros acabados cuadros del estado social y movimiento literario de nuestra época.



Mas en medio del desaliento que siente mi espíritu ante semejantes consideraciones, se vigoriza al recordar los lazos de simpatía y compañerismo que nos unen para conseguir el levantado fin que es propuso el Ateneo Barcelonés al fundarse, y que ha continuado sin interrupción en el transcurso de los años que lleva de existencia. Paradoja hubiera sido, sin ir muy lejos, para nuestros padres, el creer que una asociación cuyo objeto es la mutua ilustración en las cuestiones científicas y literarias, ya de pura abstracción, ya de una aplicación social inmediata, pudiera alcanzar la cifra de 1,300 socios entre los de número y transeuntes, en una ciudad que si bien con derecho á varios y loables calificativos, siempre fué el más corriente el de la industrial Barcino. Semejante hecho con facilidad se explica, pues cuando las corporaciones cumplen con el fin deseado, y éste representa una necesidad ó condición de su época, el éxito de las mismas es indudable.

Á las misteriosas y clandestinas reuniones que debieron celebrar los que se dedicaban á las ciencias en Italia, cuna del renacimiento, para refutar el horror al vacío por medio de los tubos de Torricelli y demostrar el movimiento de rotación de la tierra por los experimentos y lógicos racionios de Galileo; se agregaron las numerosas traducciones de los pensadores de la antigüedad, distinguiéndose entre ellos Marcilio-Ficino, que puso frente á frente del hasta entonces irrefutable silogismo de Aristóteles, la sublime sencillez de los diálogos de Platón, á quien ya había tratado de vulgarizar un siglo antes, así como á los demás autores griegos desconocidos hasta entonces, Chrysoloras, que fué el primero que dió conferencias públicas separadas



del rígido curso escolar en Pavía, Roma y Florencia. Ellos prepararon la fundación de esas pléyades de academias que en los distintos estados de Europa aparecieron en los siglos XVII y XVIII, que fueron los verdaderos focos de luz intelectual de su época, y que aun quedan, rodeadas de una aureola de respetabilidad para todos; pero que el número limitado de sus socios y sus lejanas y metódicas sesiones, no pueden satisfacer en manera alguna la apremiante necesidad que siente el espíritu de alimentarse, necesidad que alcanza á todas las clases de la sociedad hoy día, en la que se han difundido los conocimientos de todo género á beneficio del portentoso desarrollo de la prensa científica y literaria.

La reunión de numerosos socios en un centro común, en el que puedan comunicarse entre sí sus impresiones, sus juicios y sus aspiraciones acerca de los variados problemas que agitan á la sociedad moderna, ya en el concepto moral y social; ya en el orden físico ó cósmico, es un hecho que se observa en todas las grandes poblaciones de Europa y América. Barcelona no podía permanecer indiferente ante este noble movimiento hacia el progreso de la inteligencia, como lo demuestra su Ateneo.

Él recorre con brillantez las etapas propias de esta clase de corporaciones, reflejándose en sus conferencias y discusiones el espíritu de la época, atentos siempre sus socios á la vertiginosa y progresiva corriente intelectual de la misma, por medio de las más importantes revistas y semanarios que cubren las mesas de su biblioteca, rica ya en 14,000 volúmenes de obras escogidas, las que sin cesar se van aumentando conforme á los variados deseos de numerosos individuos, siempre apasionados por los



distintos ramos del saber humano. Ameniza procurando deleitable reposo la sección de Bellas Artes con su exposición de cuadros y con proporcionar la audición de alguna de las obras notables de compositores nacionales y extranjeros. Cabe aún la ampliación de estos medios de instrucción y recreo en el terreno de la ciencia y de las artes y también en el social, lo que me abstengo de enumerar, á fin de dejar íntegra la gloria para aquel que logre llevar á cabo, de un modo feliz, esta clase de mejoras.

Coronamiento de nuestras aspiraciones será la adquisición de un edificio propio, adaptable á las necesidades que acabamos de mencionar.

Complacido se halla el espíritu ante la perspectiva de trabajos dignos de los que en otros tiempos ilustraron á nuestros antepasados.

Incesante actividad movida por oculto resorte de raza que á ello nos impele, más bien que estímulos nacidos de particular protección. Energía étnica que debemos procurar conservar, la que nos dará fuerzas para salir ilesos de las rudas pruebas que estemos destinados á sufrir.

Y este es el punto en que pienso detenerme algún tanto, examinando con rapidez, porque otra cosa no fuera posible, cómo las condiciones de raza han influído en el desarrollo social de la humanidad.

Mas fijemos algún tanto nuestra atención en ese sér que domina la superficie de la tierra, grande y pequeño al mismo tiempo, mirando hacia el cielo, que le extasía, y hacia el suelo, que huella con sus pies; agitada su mente por encontrados impulsos, investigando con ardor en el decurso de los siglos los arcanos del Universo, y atento á los débi-



les y perdidos ecos de lo pasado, para ver si pueden aclarar en parte los problemas que de continuo rebosan en su ofuscado entendimiento.

Sometido su organismo á leyes materiales de las que no puede sustraerse, se armonizan con las generales de los demás séres, y todas se presentan con tendencia á un fin para nosotros desconocido.

La lucha por la existencia, idea desarrollada con gran talento por Haeckel, inspirado por su maestro, no es lo que preocupa á la humanidad, eco biológico expresado ya de un modo idéntico en el concepto económico por Malthus, la que representa una condición cierta, pero no un fin. Podrá el individuo sucumbir á veces ante el fatalismo de esta condición; pero la humanidad superviviente lo tendrá muy poco en cuenta y seguirá dirigiendo la actividad de su espíritu hacia otros ideales que desde la cuna de la civilización persigue con tenacidad. La idea de Haeckel será más aplicable á los animales, y digo más aplicable y no de un modo completo, puesto que también debemos admitir para esos seres un destino en la Creación, cosa que de no ser así, su aparición sería un juego de azar, sus variadas formas un capricho de la Naturaleza, como lo eran para los filósofos y naturalistas los restos fósiles, antes de Bernardo de Palissy.

Newton, Leibnitz, Linneo, no pararon sus trabajos en el momento en que vieron asegurada su subsistencia, puesto que si bien el hombre es un átomo en el orden del Universo y su existencia rápido centelleo biológico que pronto desaparece en la vida cósmica de que salió, es un átomo que piensa.

La conciencia de este hecho, el reconocerse á sí mismo, el desarrollo de su razón que le revela un



orden cósmico admirable, la transmisión de estos conocimientos á sus semejantes por medio de la palabra, su creciente perfectividad y la concepción de una rectitud moral que le conduce á su Creador, abren una valla profunda entre el hombre y los demás animales. De aquí el que algunos etnógrafos y naturalistas, tales como Daubenton, Carlos Bonet, Geoffroy de Saint Hilaire, Quatrefages y otros hayan propuesto y hasta admitido la creación de un cuarto reino en la naturaleza, que sería el humano ú hominal.—Los caracteres biológicos vienen hasta cierto punto á corroborar esta separación. El mayor desarrollo del área del encéfalo en el cráneo comparado con el área de la cara, la craneometría que da ángulos muy distintos para el hombre y los animales, tal como el ángulo facial de Camper, el occipital de Daubenton y el esfenooidal del Dr. Welcker, la estación vertical, consecuencia de esta disposición, el número, la fórmula, y volumen de sus dientes sin sobresalir los colmillos, la existencia de dos manos perfectas en las extremidades superiores y la educabilidad de sus sentidos, constituyen un conjunto que aparta al hombre de las especies á él más afines, tal como los antropóides, é inclinan al ánimo á admitir la separación propuesta por los expresados autores.

Al exponer estas consideraciones, que creemos dignas de llamar la atención, acerca de los caracteres diferenciales entre los animales superiores y el hombre, no tratamos de endiosarle. Pequeño, y muy pequeño es en esos espacios, en los que su mansión, la tierra, aparece como un punto argentado imperceptible, y que se desvanece como lo más insignificante ante esas enormes masas que, á



pesar de las inmensas distancias á que se hallan, brillan con fuerza, distancias que para medirlas debemos tomar por unidad, ya el eje de la órbita terrestre, ya la distancia de la tierra al sol, y aun así aparecen cifras portentosas que dan dimensiones que con cierta obscuridad puede apreciar la mente humana.

Y si nos detenemos á considerar á esta tierra tan mínima y desapercibida en el orden cósmico y tan grande para nosotros, la inestabilidad de su constitución se nos presenta por do quier. La corteza terrestre, que creemos tan firme y segura, en donde se alzan los Andes y el Himalaya, no es más que una delgada cubierta de 30 á 40 kilómetros, comparada con los 6,377 kilómetros, 395 metros de su radio; es decir, de 0,003 á 0,006 de su longitud. Asentada sobre una masa incandescente, casi en continua trepidación; á cortos intervalos ondula para elevarse, deprimirse y agrietarse, engendrando estos cataclismos, á los que se ha dado el nombre de revoluciones del globo,

Es sobre esa pequeña y oscilante cubierta que vive el hombre cumpliendo su destino, con una organización deleznable y fragil si las hay. Conjunto de equilibrios de movimientos y transformaciones, en el que todo se ve menos el reposo. Y sin embargo, el hombre busca lo estable, piensa hallarlo, y crea en su mente imaginaria historia de épocas anteriores, henchidas de tranquilidad y dulce bienandanza. Es que tomamos las impresiones habituales de nuestro entendimiento como norma y medida, no sólo de lo que vemos y sentimos, sino de lo que existir pueda.

La constitución físico-química de la materia en



otra parte y en otras condiciones, debe parecerse á la que vemos todos los días para poderla comprender, y si se nos describiese una organización distinta de las que observamos en el reino animal y vegetal, ya en la actualidad ó ya en épocas geológicas anteriores, nos parecería una quimera, una monstruosidad.

Así sucede en parte cuando, valiéndonos del telescopio y del microscopio, nos presentan dimensiones ya infinitamente grandes ó infinitamente pequeñas, que nos asombran por no sernos habituales y hacen resaltar de una manera patente lo pequeño y limitado de nuestro entendimiento. Del mismo modo que algunas tribus salvajes del Africa no pueden llevar sus cálculos más allá de 60 ó 100, y el diccionario de su lengua cabe en las escasas hojas de un pequeño cuaderno.

Esta es la mansión del hombre, estas son sus condiciones. No busquemos la estabilidad en la historia del globo, en la historia del hombre, pues ambas obedecen á una ley de metamorfosis que sólo Dios conoce, y que seremos felices si sabemos interpretar, y luego seguir guiado por este conocimiento, el que como la columna de fuego que dirigía á los israelitas en el desierto, nos lleve al cumplimiento de nuestro destino.

Concretándonos al punto que nos ocupa, diremos que vemos siempre enlazadas estas tres cosas: organización del hombre, condiciones que le rodean, y desarrollo histórico. Estudio del dominio de la etnología, y si se quiere también de la etnografía, que investiga la influencia de la modalidad llamada raza en la evolución social.

El conocimiento de las primeras edades del hom-



bre y su constitución en sociedad civil, interesa igualmente al historiador y al naturalista. Se halla fuera de duda hoy día que esta constitución fué lenta, gradual y laboriosa, y que debió empezar antes de los monumentos llamados prehistóricos, pues la creación ó construcción de los mismos necesita el concierto de un número de individuos, los que con tendencia á una civilización más ó menos rudimentaria, deseaban salir de un estado que era muy inferior á la misma. Remontándonos un poco más en estas consideraciones, nos hallamos con la cuestión del origen del hombre y lugar primero de su habitación en la tierra.

Oscilaciones ha sufrido la opinión de la existencia del hombre en los terrenos cuaternarios, época muy anterior á los aluviones modernos, que es la en general admitida; pero la coordinación de nuevos descubrimientos inclinan mucho el ánimo á creer en la existencia del hombre en la época de los aluviones antiguos y formaciones posteriores.

Varias especies de animales y vegetales coetáneos suyos en aquellos tiempos, han desaparecido, lo que no tiene nada de particular; en razón á que en las épocas prehistóricas, tal como la de bronce, se extinguió el oso y el buey de las cavernas, y en la edad de hierro desaparecieron el *Cervus megaceros* y dos especies de cocodrilos.

Estas cuestiones pueden esclarecerlas los estudios que se hagan en estos terrenos más bien que el testimonio de monumentos literarios, en razón á que éstos presuponen tiempos relativamente modernos y de cierta cultura intelectual, por más que se remonten á consignar los ecos de una tradición más



ó menos antigua de carácter vago y á veces hasta fabuloso.

Difícil es, pues, apreciar en la actualidad cuál fué la época de la primera aparición del hombre en la tierra, pues las investigaciones que á esta cuestión se refieren, han de revestir un carácter de lentitud, del que se puede prescindir en los demás animales. En primer lugar, porque hasta ahora ninguna especie ha sido objeto de una investigación tan especial, por no despertar el interés que ofrecen los restos humanos, y en segundo lugar porque estos restos deben ser muy escasos en razón á que la superioridad del hombre sobre los demás animales no es física, sinó intelectual ó de ingenio, y, por consiguiente, expuesto á mayor destrucción por las fieras que le rodeaban en los tiempos prehistóricos, en los que los medios de defensa le eran muy escasos, y esto se comprenderá mejor al consignar que en nuestro siglo son aun numerosas las víctimas causadas por las fieras. En 1885 perecieron en la India 22,905 personas, de las cuales 1,488 fueron devoradas por tigres, lobos y leones y 20,067 mordidas por vívoras y serpientes.

La falta de prácticas funerarias en aquellos tiempos, exponía los cadáveres á una completa desaparición, la que debió ser una de las cosas que más horror inspirara al hombre en su primitivo estado. Los Túmulus ó Barrows, ya sencillos, ya con Menhires y los Galgal, que parece se destinaron á sepultura, son tal vez los primeros restos de monumentos prehistóricos, y que atestiguan cuánto preocupaba ya al hombre la idea de la sepultura, hasta que pudo llegar 2,000 ó 2,500 años antes de Jesucristo á los grandiosos mausoleos de



la Asiria y á las gigantescas pirámides de Egipto.

Á lo expuesto, debemos añadir que ningún dato tenemos acerca de la población de la tierra en aquellas épocas, la que es probable fuese escasa, pues vemos que la población de la Galia, en tiempos ya modernos como los de Julio César, no excedía de 4 millones de habitantes, en Inglaterra era de 2 millones y tal vez no pasase de 3 millones en la Península Ibérica.

Las irrupciones modernas de los bárbaros en Europa, si bien fueron de numerosas hordas, el total de hombres en ellas no excedía casi nunca de 30 á 50,000, agregándoseles muchos individuos de las naciones por donde pasaban.

Tenaz resistencia hallaron en más de una ocasión, librándose grandes batallas, pudiendo citar la más horrorosa de aquellos tiempos, en 451, en que chocaron las grandes hordas, nunca vistas mayores en Europa de Atila contra las huestes reunidas de Aecio y Teodorico en los campos cataláunicos de Chalons-sur-Marne, en que perecieron de 260,000 á 300,000 combatientes. Horrorosa hecatombe, de la que debiéramos apartar la vista estremecidos, y dejarla, como relegada para aquellos bárbaros tiempos.

Mas, por desgracia, el siglo XIX, ese siglo que se precia de ilustrado y filántropo, no tiene que echar nada en cara al feroz Atila, al azote del cielo.

En las guerras del primer Imperio á principios de este siglo, Francia perdió 3.000,000 de hombres y Austria, Prusia, España, Inglaterra y Rusia 6.745,000 en el espacio de cinco años. La guerra de Crimea costó á Europa, 889,000; la de Italia, 280,000 la separatista de los Estados-Unidos, 400,000, y la



de Francia con Prusia en 1870, 525,000. De seguir en tan terrible senda los Estados de Europa, no faltarán restos fósiles en los terrenos de moderna formación para que los naturalistas de las generaciones venideras puedan reconocer al hombre, y hasta presentir un estado de civilización muy inferior por cierto al que nosotros pretendemos.

No me detendré en dilucidar si en realidad existieron las edades de oro y plata, que con tanta seguridad reconocen las tradiciones orientales. Para los egipcios, el Dios Fta cedió su reinado al sol por 30,000 años, y los tibetanos señalan varias épocas sucesivas á los Lah, sus genios, de 80,000, 40,000 y 20,000 años. Otros dan una corta vida paradisiaca al hombre y colocan su sitio no lejos del que mencionaremos en Asia, en el Hindu-ko ó Hindu-kusch. Pudo suceder que una raza ó varias habitasen con tranquilidad, no interrumpida durante muchos siglos, los amenos verjeles de aquellas vertientes antes de lanzarse á la emigración, y que agotados los recursos de subsistencia para una población exuberante, se dirigiesen hacia las regiones del Occidente, en donde sufrieran infinidad de privaciones por la aridez de las comarcas que atravesaban, luchando con los numerosos obstáculos que les debían presentar los bosques, los pantanos y los precipicios, exponiendo de continuo su vida á las injurias de la Naturaleza inerte y de numerosas fieras. Entonces tuvo que valerse de su ingenio el hombre para luchar con tantas contrariedades, y empezar una nueva existencia de inquietud y de trabajo, que debía hacerle recordar los amenos verjeles, de los que se vió obligado á salir.

No refutaremos, pues, la existencia real ó fabu-



losa de estas edades, para llegar á la de piedra, de la que nos quedan restos apreciables en la actualidad.

También es difícil deslindar, como ya he manifestado, si en aquellas primitivas edades y las prehistóricas sucesivas, la humanidad presentaba un tipo único, como pretende Quatrefages, ó si ya aparecieron las distintas razas hoy existentes. Para el autor citado, las razas actuales proceden del hombre rojo; es decir, del pelirojo, en razón á que esta es la coloración que se presenta en algunos individuos de todas las razas conocidas, color que resalta en el cabello, y cuya generación tiene lugar en el cruzamiento de las distintas razas, pelo que en el hombre primitivo era abundante en todo su cuerpo, lo que dió lugar, según el indicado Quatrefages, á la denominación hebrea de Adam, el rojo.

No refutaremos á tan distinguido etnógrafo, pero haremos observar que la denominación roja del primer hombre se puede atribuir también al color que da á la piel su red capilar sanguínea, análoga á la que se presenta en la arcilla plástica rojiza, primera materia de que se formó el hombre, según varias tradiciones, antes de recibir el soplo animante de su Criador.

También se presenta en todas las razas el albino, que algunos naturalistas del siglo pasado creyeron era el tipo primitivo de la humanidad, pero que hoy se considera más bien como un estado semipatológico, que no es privativo del hombre, sino que también existe en los demás animales.

¿Fueron las hordas que arrancaron del Hindu-kolos que iniciaron la edad de piedra en las distintas



regiones que invadieron, ó bien hallaron ellos los gérmenes de esa petrea civilización en los pueblos á donde fueron á establecerse menos salvajes que ellos mismos? En los primitivos datos históricos nada hallamos que aclare esta cuestión, pues en ellos se confunden la tradición, el relato portentoso y la historia.

Lo que sí tal vez puede sostenerse es que las primeras invasiones de que tenemos noticia eran ya la repetición de otras anteriores desconocidas, en razón á que no se hallan en nuestros países restos humanos que dejen de llevar el sello de las ramas aria, semítica, ó líbica y berber, que siempre fueron invasoras en Europa, y que desde entonces acá no ha cesado el continuo oleaje de las mismas hacia la India y Occidente.

El esbozo monumental de esta edad es conocido por las construcciones de los Celtas, pueblo ario, venido de los asignados orígenes del Asia, que halló á la Europa occidental ya más ó menos habitada, España por los iberos y Francia por los gaels, según algunos autores; pueblos cazadores, pescadores, nadadores y buzos en sus costas y ríos, viviendo en pequeñas tribus trogloditas, después de haber pagado el debido tributo á las cavernas oseas, mezclando sus restos con los de los osos, lobos, bueyes y leones.

La rama celta quedó dominadora de vastas extensiones de terreno en Occidente y no halló una resistencia formal en sus excursiones hasta llegar á la Península Ibérica, cuyos habitantes lucharon con tenacidad, pero sin victoria decisiva para ninguno de los contendientes, resultando de ello la raza celtíbera. Carácter de tenacidad que ha quedado en



el fondo de este pueblo en los variados períodos de su historia. Saguntinos y Numantinos no lo desmintieron, y cuando después de la invasión goda se vieron la mayor parte de sus habitantes desalojados de casi toda la península por la irrupción semítica que vino del Mediodía, se estableció una lucha entre los victoriosos sarracenos y vencidos godos é iberos, en la que después de ocho siglos recobraron éstos, sin ayuda de ningún estado de Europa, sus arrebatadas provincias. Aun á principios de nuestro siglo, en la guerra que sostuvo España con los nuevos invasores celtas, queda la duda de quiénes fueron los vencedores y quienes los vencidos.

No me detendré en deslindar si los pueblos indígenas del Nordeste de nuestra península recibieron su nombre del rio Iber, ó bien si fueron los iberos del Cáucaso los que vinieron á nuestra península para dar nombre á la región, en la que se establecieron. Lo que tiene más viso de probabilidad es que á las tres grandes penínsulas del Mediterráneo aportaran, ya tribus asiáticas, llamadas pelásgicas de un modo directo, ya tribus terrestres, las que marchando por etapas al través del continente, no parasen hasta su extremo occidental, *Finis terræ*. La rama ibera del Cáucaso pudo llegar por la parte del Norte, ó bien por el Mediodía al través de la raza líbica ó berber, género de traslación que se repitió por el mismo camino en el período histórico de los cartagineses y de los árabes.

Menos difícil debía ser la población de las penínsulas itálica y helena por medio de los arios, pues la última se halla muy contigua al Asia, y ambas cercanas la una á la otra.



La edad de piedra se caracteriza por los monumentos llamados, con más ó menos impropiedad, celtas, pues ni son privativos de las regiones habitadas por esta sub-raza, ni todos deben considerarse como construídos por los mismos.

Los Tumulus ó Barrows, formados por un montón de tierra, destinados al parecer para sepultura, se han hallado en Asia, y el cúmulo de piedras llamado Galgal, puede considerarse como el preludio de esas pirámides egipcias alzadas después de conocerse el corte de piedras. La acumulación de conchas ó valvas de moluscos, formando grandes montones, llamados en Dinamarca kjokkenoddings, es el monumento primitivo de los pueblos ictiófagos. Las hachas de pedernal, las flechas, las piedras de honda, punzones, martillos, sierras, sartas de piedra y objetos de hueso constituyen el arsenal defensivo y ofensivo de aquella época, en la que el hombre buscaba abrigo á las inclemencias meteóricas en la espesura de los bosques, el hueco de los árboles y las cuevas naturales, siendo sus grandes monumentos los Cromlech, los Dolmen y las piedras oscilantes.

Modelos debieron ser los citados objetos para la edad de bronce, en la que apoderado el hombre del fuego y los metales, se hizo forjador, labrando instrumentos duros que no estallaban como los de piedra, cosa que le dió mayor seguridad en sus luchas con las bestias feroces y le permitió escoger las inermes y dóciles para domesticarlas, convirtiéndose de cazador en pastor.

Largo debió ser este período en razón á que no se presentaba ya apremiante la necesidad de salir de aquel peligro continuo de la edad de piedra.



La guarda de su ganado debió preocuparle, á fin de poderlo librar de aquellas fieras, con las que antes luchaba, quedándole horas de descanso, en que recostado debajo del copudo árbol, no fueron ya imposibles para él la égloga y el idilio.

Los despojos de los vegetales le vistieron, y los troncos, en forma de mástil, construyeron su tienda, y cuando había agotado el pasto para sus rebaños se trasladaba á otra parte. Vida nómada, subsistente aun hoy día en los numerosos *ulus* del Asia Central, y de las que se desgajaron en los primeros siglos de nuestra Era algunos millones de hombres que, reunidos en grupos con los nombres de Alanos, Gépidos, Godos, Vándalos, Hunos Avaros y Suevos, devastaron á la Europa y acabaron de destruir al degradado y vacilante Imperio de Roma.

En España también tuvo grande arraigo y duración la vida nómada pastoril, sobre todo en la parte septentrional y occidental, de la que quedan pruebas irrecusables en los grandes depósitos de huesos de rumiantes hallados en Castilla la Vieja, entremezclados con restos humanos, y con tal abundancia, que hace pocos años se exportaban por Bilbao á Inglaterra con el objeto de abonar sus esquilmosos campos. La Briga de los iberos ó celtíberos, no hemos podido fijar si designaba la reunión de pastores con sus cabañas, ó bien la aldea naciente que luego debía cambiarse en ciudad más ó menos populosa.

En esto, el hombre elevaba más y más la temperatura de la fragua, perfeccionaba el martillo, que le sirvió de troquel para acuñar monedas cuadradas, poligonales ó redondas, y del pétreo y terroso



mineral ve salir una vena fluída incandescente que, al enfriarse, se convierte en el metal para él más precioso, el hierro, que debía abrirle el camino de la civilización.

La lanza, el puñal, la flecha, fueron ya entonces armas certeras, y la hoz, la guadaña y el arado debían asegurarle de una manera más estable la subsistencia, pudiendo imitar á la Naturaleza en la multiplicación de las especies vegetales, algunas de las cuales, dotadas de vivos colores y delicadas formas, despiertan en el espíritu la idea de lo bello y le inclinan á delicados sentimientos, por medio de la floricultura, que aparece más tarde perfeccionada en las murallas y jardines de Nínive y Babilonia. Cesan las erráticas y continuas excursiones, el arado fija la tribu en un sitio, y aquel suelo regado con el sudor de su frente, despierta en su pecho el amor á la patria, suelo que teñirá con su sangre antes de permitir que se le arrebate por el extraño.

La movible tienda del pastor se convierte en cabaña agrícola, la que, formada al principio por troncos vegetales, refuerza los intervalos con piedras, regularizando luego las construcciones, que de monumento público pasan á la vivienda del dominio privado. Horas de descanso, que para él son horas de placer, no le presentan ya como hasta entonces á la Naturaleza, hórrida y amenazante, sino que su ánimo halla esparcimiento al contemplar sus admirables cuadros; y al verlos repetidos con cierta regularidad, despiertan en su mente la idea del orden, y un poder superior que dirige aquel armonioso conjunto. Levanta su vista al cielo, observa la aparición y desaparición constante



de las estrellas, las posiciones relativas del sol y de la luna, y nacen al mismo tiempo el sacerdocio y la astronomía, viniendo de los espacios inmensos la idea de Dios y la necesidad de cultivar el entendimiento, como el agricultor cultivaba la tierra. Algunos dejan la esteva para dedicarse á la minuciosa observación estelar, y la superioridad intelectual que demuestran, los rodea de cierta veneración, y á ellos se dirigen para buscar consuelo en sus tristezas y alivio en sus enfermedades. La medicina y la botánica se unen con la astronomía, quedando como privativas del sacerdocio en aquellos tiempos. Mas de pronto, en medio de tan tranquilas ocupaciones se oye extraño sonido: es el eco de la bocina de la horda feroz que llega para destruir, saquear y matar al indefenso y que pasa cual violento alud, llevando en pos de sí la destrucción. El hecho puede repetirse, y el jefe de la tranquila tribu induce á sus individuos á que se prevengan, que se armen, y el que hasta entonces no había aparecido más que como simple guía de sus compañeros, les anima á la resistencia, y por su energía y su valor se le aclama como el primero de la tribu, al que consideran y respetan, porque en él ven al guardador de sus vidas y cabañas. El arte de la guerra precede y se adelanta por necesidad á las demás artes, y los hechos heroicos que este nuevo modo de ser de la sociedad lleva consigo, convierten al sencillo Epos, *επος*, en la grandiosa Epopeya.

Con estos elementos la tribu se eleva á nación, y aparece el carácter propio que engendra el trato común y la identidad de necesidades en una civilización, ya superior, ya inferior á la de los circunvecinos.



Detengámonos ahora un momento en examinar cuál es la situación relativa de las razas, y cómo sus caracteres se conservan por medio de constante atavismo al través de los siglos y obran en las determinaciones de los pueblos.

Cinco son las razas humanas más generalmente admitidas: la blanca, llamada también caucásica; la amarilla, ó mogólica; la negra y la americana, ó mongoloide, y la malaya. Algunos elevan su número á doce; pero bien se puede afirmar que las razas fundamentales no son más que tres: la blanca, la amarilla y la negra.

La biología y la geografía confirman esta opinión, pues la raza malaya, considerada bajo el concepto biológico, aparece como el resultado del cruzamiento de varias ramas de la raza blanca con la amarilla y negra, y también como el resultado del cruzamiento de la raza amarilla con la negra, observándose varias gradaciones en las islas del Océano Índico, pues las más cercanas del Asia conservan los caracteres de las razas de sus variados países, y en las muy al Sud y cercanas al Africa van predominando los caracteres de la raza negra.

Es probable que en épocas que no es dable fijar, algunos habitantes de la Indo-China, de la China y de la India, se lanzasen al Océano y fuesen arrastrados á desiertas islas, de las que ya no debían volver, encontrando en las mismas á individuos de la raza negra, allí llevados por un azar semejante al suyo, y que cruzándose dieron origen á malayos de distintos matices, claros algunos de ellos y otros casi negros, como se ve en algunas islas de la Polinesia.

Comunicaciones al parecer imposibles entre tan-



apartados países, pero si se tiene en cuenta que la historia atestigua que 1,900 ó 1,500 años antes de Jesucristo tribus asiáticas fueron á Grecia por mar con los más imperfectos medios de navegación, y que Quatrefages ha manifestado que en los siglos XI y XII varias tribus, escalonándose tal vez en islas desiertas y arrecifes, se trasladaron á distancias de 3,500 leguas, no tendrá nada de particular que admitamos un medio parecido de emigración para las esparcidas islas del Océano Indico no tan apartadas como las del Pacífico.

Menos dificultades ofrece el probar el origen mongoloide de la raza americana, denominada por algunos roja, pues dejando aparte el conocido camino del estrecho de Behering, la estructura de su lenguaje polisilábico y por aglutinación, prueban antiguos contactos con la raza caucásica y algunas ramas de la amarilla.

En el momento histórico actual, las razas humanas se hallan repartidas de una manera bastante desigual en la superficie de la tierra.

Posesionada la raza amarilla de la mayor parte del Asia y países hiperbóreos de Europa, puede calcularse su número en 552.000,000 de individuos, la raza caucásica cuenta 360.000,000, la negra 150.000,000, y respecto de su número en las razas malaya é indo-americana varia mucho su apreciación por los autores, asignándose á la primera, por unos 176.000,000 y por otros á lo más 60.000,000, y á la última desde 1.000,000 hasta 3.000,000. Existe verdadero desequilibrio entre la población del hemisferio Norte y hemisferio Sud, del mismo modo que en la extensión de su tierra firme, pues la mayor parte del continente se halla en el pri-



mero, al paso que en el segundo está constituido por archipiélagos más ó menos esparcidos, y sólo avanzan hacia él la despoblada África y la virgen América.

En el hemisferio boreal, la población se halla reconcentrada hacia los bordes del gran continente asiático-europeo con fuerte densidad de la misma, de la raza amarilla en la extremidad oriental del Asia y de la raza blanca en el opuesto extremo al Oeste de Europa. La inferioridad de los medios de navegación ha contenido á la raza amarilla, á pesar de su número, en los expresados límites, al paso que la caucásica se ha dirigido hacia América donde se presenta con gran desarrollo, sostenido por la continua emigración de Europa. Ambas razas, la caucásica y la mogólica, las más numerosas de la tierra, se hallan frente á frente la una de la otra separadas por el Pacífico.

La caucásica puede permanecer bastantes siglos en esta situación, pues su creciente cultura, su industria y su navegación le permiten llevar á sus lares los más lejanos productos del continente asiático y de las numerosas islas del mundo marítimo. Quedan, pues, destruidos los fatídicos pronósticos de Malthus é ilusorios consejos por él dados, que él llamaba *moral restraint*, lo que con más razón pudiera llamarse *immoral restraint*, pues en las clases obreras y pobres, tan utópicos principios dan lugar á un efecto contraproducente, pues conducen á estas clases á la prostitución, y en las clases acomodadas, al paso que disminuyen los hijos legítimos, se aumentan los ilegítimos en una progresión alarmante para la sociedad.

Errados principios y pánico imaginario, porque



las poblaciones no crecen y se doblan en veinticinco años como él creía, y la misma Gran Bretaña ha necesitado casi un siglo para doblar su población; y en este tiempo los medios de subsistencia no han seguido la progresión lenta que él asignaba, en razón á que en dicho país el producto de sus manufacturas se ha hecho mil veces mayor y se ha creado una marina mercante que en 1874 era de 56,281 buques de vela y de cabida 14.185,836 toneladas, y los buques de vapor 5,148 con toneladas 4.328,193, y llevaban estas manufacturas á todas las partes del globo.

En los países civilizados el crecimiento de la población caucásica es lento, al paso que no presenta la misma regularidad en otras razas, y en particular en el Asia Oriental, en donde existen varias oscilaciones á pesar del cuidado que tienen sus habitantes de conservar la población, logrando en la actualidad casi el mantenerla estacionaria.

Contribuye á ello la especie de culto que se tiene en aquellos países por la familia y también la pasión por los hijos. La mujer más respetada y querida, como dice Desmoulins, es la que tiene mayor número de hijos, y se considera feliz el hombre que puede prodigar sus caricias á una numerosa prole, la que profesa gran cariño y profunda veneración hacia sus padres. La influencia de estas condiciones de familia en la reproducción pudieran crear en determinadas circunstancias una situación embarazosa para los gobernantes; tal sería cuando se diese el caso de un número extraordinario de nacimientos. El legislador lo ha prevenido, permitiendo la exposición pública de los niños recién nacidos; permiso del que, como se comprenderá fácilmente,



no se hace uso más que por las clases indigentes de la sociedad, ó bien en los tiempos calamitosos de pública escasez ó de hambre.

La pasión por la familia es tal en esta raza, que los matrimonios estériles ó de corto número de hijos van á buscar á la pública exposición todos los niños que pueden sustentar. Fácil es comprender que con tales inclinaciones que ningún economista contraría con sus hipotéticos cálculos acerca de la población y la producción, esta raza no decrecerá en muchos siglos en la que, por otra parte, es difícil la ingerencia de extrañas naciones, pues si bien hay un proverbio tonkiness que dice: "la naturaleza es liberal, debemos imitarla", lo comprenden para sí y no para los extranjeros, que creen fuera de toda ley, y que al verlos penetrar en su país, consideran violado el hogar doméstico más bien que la patria común, puesto que para ellos el sentimiento de nacionalidad es el sentimiento de familia.

Es probable, pues, que las razas guarden por bastante tiempo las respectivas posiciones que en la actualidad ocupan, quedando á lo menos muy aplazadas las irrupciones asiáticas hacia Europa, pero sin olvidar que el último conato fué muy reciente (1675-1683) el que, por fortuna, pudo contener el valeroso Juan Sobieski, primero en Lowicz y más tarde en los muros de Viena contra las huestes tártaras y turcas mandadas por Kara-Mustafá. Tampoco conviene olvidar la existencia en el N. E. de Europa de una gran potencia eslava, descendiente de los Vendes antiguos, la que siempre fué el núcleo de todas las invasiones occidentales y que los eslavos identificados con los habitantes de varios



Estados europeos, su población es numerosa, pero disimulada, como se observa en el Mecklemburg, la Silesia, Prusia y Pomerania, Estados que se han hecho predominantes en Alemania, ya de voluntad ya por fuerza erigiendo la hegemonía prusiana.

Un Estado como el que existe en el N. E. de Europa, aunque eslavo, pudiera considerarse como un antemural contra las invasiones del Asia Central, pero nadie puede responder de su estabilidad, porque las naciones de tan colosales proporciones nunca ofrecen garantía de larga duración, viniéndoles los gérmenes de destrucción más del interior que del exterior. Los tenebrosos y antisociales clubs empiezan á minar al gran Imperio moscovita con manifestaciones tanto más salvajes cuanto más atrasada se halla aún en aquel país la carrera de la civilización y la fragmentación de este coloso dejaría abierta de nuevo la puerta de entrada á Europa de cualquier horda asiática. Es cierto que la población es hoy en esta parte del globo mayor y más provista de medios de defensa, pero la ley del número es inflexible y la apremiante necesidad del hombre del desierto engendra el desprecio de la vida, que racionalmente no se halla en los pueblos cultos. El aspecto de Europa variaría ante una nueva invasión asiática engrosada con los fragmentos del Imperio eslavo que les servirían á veces de guía en sus excursiones.

Nada diremos de la casi desierta África, que tanto ocupa la atención de los políticos hoy día. Grandes dificultades existen para que esta parte del antiguo mundo pueda servir de desahogo al exceso de población caucásica y mogólica existente en Europa y Asia. Exceptuando su costa septen-



trional en la que es posible una colonización más ó menos afortunada por naciones limítrofes, debe relegarse por ahora á la categoría de sueño, todo proyecto en el África tropical que no sea el establecimiento de factorías más ó menos numerosas.

Empresa ardua sería ahora el descender á detallar los caracteres de las distintas subrazas, tribus ó familias de la tierra, aunque me limitara á Europa. Los detalles, las salvedades, al describirlas, debieran ser tantos, que ni aun así pudiéramos explicarnos la mutua influencia de las condiciones étnicas con el desarrollo histórico, tanto más cuanto la tendencia á la unificación es manifiesta en los pueblos cultos, sometiéndose todos en sus condiciones de desarrollo, á las necesidades de una nueva civilización creciente. Los comunes intereses los van uniendo, pero más que éstos, que representan no un medio, sinó un fin, es el más exacto conocimiento que de sí mismo va adquiriendo el hombre y de su destino. Los dispersos de la Torre de Babel se van reuniendo y parece que concluye ya el período de expiación con que se castigó su insensato orgullo.

Desde la Bahía de Hudson hasta el Cabo de Hornos se puede decir que no se hablan ya más que dos lenguas: la española y la inglesa, y con la mayor tolerancia en estos países para todas las religiones, es insignificante el número de individuos que no profesan el Cristianismo, religión, casi pudiéramos decir, única en América. Fenómeno étnico y social desconocido en la antigüedad, el de que un vasto continente presentase unificación de creencias y lenguaje, y aunque no existiese otro, probaría cuánto van aumentando los vínculos con



que la civilización une á la gran familia humana. Mucho queda aún que hacer en este camino. Los obstáculos que á ello se oponen no siempre son vencibles, y ellos desaparecerán á medida que las nuevas generaciones al nacer se hallen ya en posesión de un cúmulo de elementos de que puedan valerse para dar cada una de ellas un nuevo paso hacia la armónica unificación de nuestra especie. Las impaciencias no pueden conducir á ningún resultado práctico y positivo: tal sucede, por ejemplo, con el problema del lenguaje universal, lengua universal difícil de inventar y aun más difícil de imponer si no viene con el desarrollo histórico general progresivo, pues la lengua de un pueblo es su tradición, la expresión de sus necesidades físicas y morales y de su peculiar modo de pensar; y sus transformaciones señalan las vicisitudes porque pasa y sus tendencias, en una palabra, refleja por completo la modalidad de nuestra existencia étnica y social, es la historia del desarrollo intelectual de un pueblo. El poliglotismo representa el estado de barbarie y disociación de los pueblos, pero él va desapareciendo. Europa no cuenta hoy más que 53 idiomas y Asia 153, ambas las partes del mundo más pobladas, al paso que las demás con su menor número de habitantes dan para África 105 idiomas, para Oceanía 117 y para las tribus de América 422. Los dialectos son hoy día 5,000, los que no dañan, sinó que más bien favorecen la unificación, pues que habiendo sido muchos de ellos la escala para la perfección de los idiomas, dan idea detallada de la historia del lenguaje y evitan la alteración que las localidades pudieran imprimir á una lengua general, manteniéndola en su pureza.



La tendencia á la unidad lingüística en particular en la raza caucásica, es manifiesta: 264 millones de individuos de ella hablan sólo cuatro lenguas, á saber: la inglesa 90 millones, la alemana 75 millones, la española 55 millones y la francesa 44 millones.

La divergencia de creencias no es de mucho lo que fué en otros tiempos, pues las religiones no pasan hoy día de 1,050 en su totalidad. Europa y América no profesan más que una: el Cristianismo con varias divergencias, y en el Asia 200 millones de habitantes dan culto á la de Budha, poco simpática por cierto á los europeos, también con ligeras modificaciones.

Es, no obstante, notable como en medio de esta tendencia á la unificación, y en medio de la gran mezcla de distintas razas que constituyen las varias naciones, sobresalga en sus particulares agrupaciones é individualidades el carácter étnico de sus antepasados.

Asia ha podido guardar más esta pureza étnica en razón á que no nos presenta más que las invasiones tártaras en el Oeste, la Mandchú en la China y la Aria en la India.

En Europa ha sido tal el número de invasiones desde la venida de los celtas hasta la de los húngaros, y tan variadas sus ramas y tribus mezcladas por do quier y llevadas en tan diversas direcciones que admira ver cómo conservan, aun hoy día los caracteres de sus razas fundamentales los diversos pueblos de Europa. El hecho tiene su explicación en los datos que suministra la historia de las antiguas excursiones y ensayo de modernas colonizaciones, parangonando estos hechos étnicos con los grandes fenómenos de la naturaleza.



El más constante y poderoso factor de las transformaciones cósmicas es el tiempo. Con él contaba Lamarck y cuentan, aunque no tanto, los modernos transformistas. En todas partes vemos la incesante actividad y la invariable lentitud. Nada detiene esta manera de ser, pero nada lo apresura. Las agitaciones humanas, el vértigo de rápidas innovaciones se estrellan al chocar contra esa inflexible ley de la naturaleza, la lentitud. No tengo necesidad de buscar pruebas en el camino de los sucesos históricos; bien conocidos son de todos, y por esto las tiene también el establecimiento de las distintas razas, subrazas, ramas, familias y tribus en los más variados puntos del globo. Para que el hombre y sus sucesivas generaciones se apoderen de la madre tierra en que se establecen, se necesita más tiempo del que á primera vista parece. Mil años no dan más que treinta generaciones sucesivas, y pocas ó tal vez ninguna nación europea podrá envanecerse con una antigüedad mayor, sin que se haya visto modificada por nuevas generaciones venidas de afuera.

Los chinos y los indios aunque no se vanagloriasen de una antigüedad superior á muchos pueblos de la tierra, la etnografía se la concedería, porque la uniformidad de la raza existente, junto con una población sostenida siempre la misma, son circunstancias que no son hijas de treinta ó cuarenta generaciones, sinó de cien ó mil. Sólo así es posible mantener la pureza de una raza, pues las repetidas transformaciones que en estos dos mil años últimos ha sufrido la Europa, ya por la parte de Oriente, del Mediodía y del Norte, ha producido tal movilidad en la población que no se concibe cómo no se



han borrado los caracteres que atestiguan una raza más ó menos aborígena. En los tres ó cuatro siglos primeros de nuestra Era el desbordamiento de las tribus fué general, pero como sucede en esta clase de fenómenos étnicos, el aluvión que, al parecer, todo lo destruía, poco á poco se iba calmando, la dominación bárbara y violenta se convertía en dominación pacífica; venían luego la afinidad y demás vínculos sociales, la acción del clima ablandaba la ferocidad de aquellos salvajes y no sólo los enervaba, sino que á veces minaba su existencia, el número de sus individuos iba disminuyendo de una manera notable, venía otra extraña invasión á la que ellos querían resistir y quedaban casi destruídos, al paso que la raza aborígena, doblegándose sin extinguirse á la primera, á la segunda y tercera invasión y sucesivas, iba retoñando en aquella madre tierra que no quería abandonar, siendo siempre factor pasivo, pero poderoso, de la constitución étnica del país.

Así la historia da cuenta detallada de Estados nacientes que á los seis ó siete siglos se transformaban en otros, constituyendo ramas alofiléticas ó bien desaparecían por completo para no volver á figurar en el cuadro de la humanidad. Su paso, empero, no fué inútil si dejaron instituciones sociales importantes ó descubrimientos de los cuales aun nos utilizamos.

Las tribus tártaras, tan temibles al principio de nuestra Era, dominaron á los pueblos y después de su permanencia en varias regiones de Europa, su carácter inquieto y aventurero las hizo de nuevo conquistadoras. Los Angli y los Saxonos habitantes de la Jutlandia, bravos guerreros y temibles



piratas del mar del Norte, pero distintos de los verdaderos Juts ó Juti subtribu de los Godos que dieron nombre á la región (Jut-Land), repoblaron á la casi solitaria Inglaterra. Sin embargo, aquellas nubes de Hunos que sembraron la desolación durante tres siglos por todas partes, como no llevaban por norte ninguna idea civilizadora y se presentaban como inaccesibles á los sentimientos de fraternidad y unión social, desaparecieron casi por completo y sólo quedaron, según se dice, en Hungría, en donde se unieron con los Ávaros y constituyeron el reino de los Hunavaros, Unvaros ó Húngaros.

En general, se puede decir, que todas las familias asiáticas que llegaron y recorrieron la Europa con rapidez y que se caracterizaron, más que por su bella forma y buen desarrollo físico, por cierta fealdad y deformación de su cuerpo, presentando cráneos irregulares, talle sin proporciones y extremidades encorvadas, refractarios á cambiar de estado por medio de la educabilidad y apartados del trato con sus semejantes, todas desaparecían con rapidez hacia diversas regiones como aquellas cascadas ó manantiales que después de breve curso se hunden en la tierra.

Hubo algunas de estas familias que se presentaron con un aspecto enteramente distinto, marchando con lentitud, y quedando establecidas en los sitios que consideraron más aptos para satisfacer sus necesidades biológicas y sociales. Tal fué el pueblo godo, el que adelantó por etapas hacia el Volga, del Volga al Vístula para posesionarse de las riberas occidentales del Báltico y de la Jutlandia, en donde, después de haberse habituado al



género de vida bárbaro aun existente en el Norte de Europa, lejos de disminuir y desaparecer su familia, se multiplicó en gran manera y emprendió sus excursiones al Mediodía para fundar los dos imperios ó reinos, el de los Ost-Goths, Ostrogodos, y el de los Wes ó Wis-Goths, Visigodos, repitiendo más tarde sus invasiones no menos destructoras á Grecia y Constantinopla hasta los límites del Asia. Este pueblo que tanta influencia tuvo en la constitución de las diferentes naciones del centro de Europa y de las penínsulas itálica é hispánica, representaba en la escala étnica una gradación muy superior á las demás familias asiáticas que se lanzaron al Occidente. Su cuerpo era regular, su estatura mayor que la de las razas tártaras, aunque no parecía tan alta, en razón á que iba acompañada del desarrollo proporcionado de su tórax y miembros, lo que le hacía parecer algún tanto grueso; su cráneo, bastante grande, era mesoticéfalo en general y pasaba á veces al braquicéfalo, siendo raro el prognatismo al que se inclina la raza semítica. Su cara no tenía la línea recta naso-frontal de la pura raza caucásica de los helenos, ni la arqueada regularidad del tipo romano, pero sus facciones eran armónicas y su perfil no se presentaba ondulado como en las tribus del Asia Central sinó que se destacaba del fondo de las facies sin ser agudo. Su lengua, con marcada tendencia á la inflexión se apartaba de las lenguas monosilábicas, tan comunes en aquella época. Las raíces de sus palabras tenían grande analogía con el sanscrito, lo que prueba su origen común ário de las vertientes del Hindu-Ko, analogía lingüística que ha hecho reunir á esta familia con los Indios, formando el grupo de los



indo-germanos en la raza blanca. Poco duradera su dominación en España, sufrió numerosas transformaciones en Italia, y sólo se hizo estable en Alemania, en donde se adelantó en civilización á sus coetáneos. Ayudaron los godos á sostener el carácter independiente de los germanos y sajones, ya engrosando sus filas, ya formando cuerpos de guerra separados, que les fueron fieles desde los tiempos de Mario y Sila hasta la dificultosa hegemonía de los francos en tiempo de Carlo-Magno que procuraron sacudir luego después de su muerte y á la que no se han doblegado ya más, prefiriendo en tiempos modernos la hegemonía austro-hispánica de Carlos V, y oscilando aún en nuestros tiempos entre la de Austria y la de Prusia para que conserven á los modernos alemanes lo que más amaron sus antepasados los germanos, su independencia. Condición de raza que no pocas veces les ha llevado á las orillas del Rhin para oponerse á los franco-celtas, los que creen á su vez amenazada su independencia, que no aman menos, y que no la creen segura si no mantienen á los invasores germanos al otro lado del Rhin, teatro de sangrientas escenas y que de seguro no han todavía concluído. Tan poderosa es, señores, la influencia que ejercen los caracteres de una raza en sus determinaciones históricas, las que como los bajo relieves de la base de los monumentos, no se borran aunque éstos se desmoronen, hallándolos después de siglos reconocibles en los esparcidos fragmentos de abandonados lugares.

Cómo y cuándo apareció la península ibérica en el mapa geográfico, difícil sería asignarlo.

Más ó menos unida á la costa septentrional del



Africa en tiempos no muy remotos, falta saber si también tuvo puntos de contacto con el supuesto continente ó Quersoneso atlántico del que quedan tan pocos restos. La flora africana empieza, á no dudar, en las embocaduras del Ebro (1); pero falta saber si algunas de las especies vegetales que crecen en nuestra península, tan distintas de las otras dos penínsulas del Mediterráneo la itálica y la helénica, especies que forman parte de la flora llamada atlántica, son en realidad representantes de las especies vegetales que crecían en ese misterioso continente.

Si en la época del cataclismo atlántico estaba habitada España es cosa irresoluble por no quedar ningún resto prehistórico, así como tampoco podemos admitir que durante nuestra unión con el Africa, dicho continente y la península tuvieran comunes habitantes. Los guanches de Canarias pueden considerarse de raza berber, como lo atestigua, además de su semblanza craneoscópica, los pocos restos que quedan de su lenguaje. Ahora, si esta raza vino de Oriente á Occidente ó bien si se extendió de Occidente á Oriente, procedente de tierras hoy sumergidas, es difícil afirmarlo, y en último caso el guanche sería el prototipo de la raza berber. Heeren asegura, que la lengua berber en África es anterior á la colonización fenicia y no puede considerarse de ningún modo á los berberes como restos de la población púnica como pretenden algunos autores, á pesar de cierta tendencia que se ob-

(1) En ella empieza el *Chamaerops humilis*, L., ó palmera enana, especie de la familia de las palmeras común en el África. La verdadera palmera cultivada en nuestra Península, fué introducida por los árabes.



serva en los dos pueblos á transformarse en dolicocéfalos.

Se ha considerado por algunos á los vascongados como á los verdaderos autóchtonos de nuestra península, pero es probable precediese á éstos otra población, pues la concordancia de algunas raíces arias en las palabras vascongadas, probarían que también fué un pueblo emigrante que vino del Asia y no en época tan remota como se cree, pues su lenguaje por aglutinación le haría á lo más coetáneo de la raza mongoloide que se trasladó á América. Nuestra opinión es de que los primitivos habitantes de España, de los que tenemos noticias ó podemos colegir por sus caracteres étnicos, fueron de raza semítica, llegando á nuestro país al través de mil penas y trabajos y arraigándose tanto en él, que no ha sido posible desconocer la influencia de su carácter en el sucesivo desarrollo histórico de los mismos. Esta influencia debióse fortalecer por la venida de los fenicios, primer pueblo comercial que aportó á España, luego por la dominación cartaginesa, más ó menos extensa, por el contacto con la raza árabe durante siete siglos de lucha con la misma y, por fin, por la población mozárabe, que se iba mezclando con la española á medida que iba avanzando la reconquista. Debe llamar también la atención, que afirma la idea de primitivas razas semíticas en la península la falta de vocales en la escritura celtíbera, lo que está más en su carácter que en el de las lenguas indo-germánicas.

Es probable que España no se hallase despoblada á la llegada de los iberos ya del Cáucaso, ya de otra parte, y que del mismo modo que en épocas



subsiguientes éstos se entremezclaron con los celtas para dar origen á los celtíberos, sobre todo de una manera marcada en las riberas del Ebro y parte Norte del mismo río, del mismo modo los iberos podían haberse enlazado más ó menos con los aborígenes de nuestra península en las distintas regiones á donde se dirigieron.

Las denominaciones de Turdestán, Bastitán, Carpetán, Lusitán, Edetán tienen su última raíz eufónica completamente oriental, como en Parsistán, Laristán, Afgahnistán, Turkestán y otros países no muy cerca por cierto de Sapan, Sphán, Span ó España.

Es necesario, pues, convenir en que por particulares condiciones étnicas é históricas, existen en el carácter de nuestra raza rasgos que nos acercan á la rama blanca denominada semítica, cosa que no aparece en los demás pueblos de Europa con los que estamos más ó menos en contacto.

Cualidades buenas, y grandes defectos son condiciones inherentes á todas las razas de un modo colectivo como á los individuos de las mismas.

La raza semítica, caracterizada por una conformación más bien delgada que gruesa, y de regular estatura, tiene un cráneo mesoticefalo en general, prescindiendo de las tendencias á veces marcadas hacia otras formas. La agilidad de su cuerpo es proverbial, así como reconocida su sobriedad. Sus empresas, atrevidas sin ostentación; y de las ramas caucásicas, la más difícil de hacer cambiar de ideas y de creencias, prefiriendo la total destrucción ó la dispersión sobre toda la haz de la tierra antes que doblegarse á extrañas imposiciones. Poco amante del trabajo corporal y ni siquiera del manual,



soporta, sin embargo, las mayores fatigas en los designios que considera levantados y provechosos. Despreciadores sus individuos de aparatos metafísicos que guíen al entendimiento, su viva imaginación envuelve la expresión del pensamiento con las ricas imágenes de la poesía, evitando el presentarlo concreto, valiéndose para ello casi siempre del circunloquio.

Esto ha hecho decir á E. Renán (1) que en los autores de esta rama no se hallan elementos de ideas ó pensamientos metafísicos y que no han creado ninguna escuela filosófica.

Sin negar los asertos del sabio orientalista, se hallan compensadas estas desventajas por un conocimiento superior de los principios morales, lo que naturalmente conduce á la comprensión exacta y categórica de la Divinidad, verdad que el citado autor no puede menos de conceder.

Es, en efecto, muy significativo el ver como 1584 años antes de J.-C., cuando la rama aria estaba sumida en la mayor ignorancia respecto de principios religiosos y morales y cuando los elementos del pensamiento eran principios materialista que engendraban al zoomorfismo en la China, la Asiria y el Egipto, la raza semítica tuviese una idea concreta de la Divinidad y sus atributos, y como esta rama en sus distintas divisiones y subdivisiones se ha apartado siempre de las aberraciones de la idolatría.

Mas no faltan, empero, defectos que empañen estas bellas cualidades, tales como el fanatismo que la conduce hasta la crueldad; el olvido del estudio

(1) E. Renan, *Langues semitiques*.—París, 1878.



de los detalles de la vida, estudio que produce la división ordenada del trabajo, el que emancipa al hombre en todas las clases sociales y le crea los derechos inherentes á todo ciudadano. Engranaje social casi desconocido para el pueblo semítico, en donde sólo se ve á opulentos magnates y una ciega muchedumbre que los obedece. Codiciosos los primeros semitas (Fenicios), desleales en sus contratos luego (Cartagineses) (*fide punica*) se traducen estas cualidades en los últimos tiempos por la desconfianza y la exagerada usura (Judíos). Deplorables consecuencias de su viciosa constitución social. Resaltan, no obstante, de un modo tal los hechos al principio señalados de superioridad intelectual que constituye verdadera dificultad su explicación.

Esa influencia semítica es indudable en la generalidad de los pueblos constitutivos de nuestra península.

Es cierto que las épocas ibero-celta, greco-romana y goda enlazaron las cualidades de la rama semítica con las de la rama aria, pero así como en los demás pueblos de las costas del Mediterráneo se puede considerar como muy modificada la influencia de la rama semítica quedando la influencia aria sola, en España bien puede decirse que la primera se equilibra con las demás.

Un trabajo lexicográfico detenido podría fijar la variedad é intensidad de estas influencias, cosa que ya se ha iniciado algún tanto en las modernas publicaciones, las que ofrecerían creciente interés. Esta asignación de origen es de la mayor importancia para la etnografía, pues da la clave á veces para poder fijar la verdadera procedencia de los actuales pueblos.



Al significar las etnologías semíticas, podían separarse, además de las adaptables al hebreo y árabe, las que se considerasen con propiedad usadas antes de la introducción de estas lenguas en la península así como en las raíces arias del sanscrito se podían fijar cuáles eran las que debían considerarse como primitivas y cuáles introducidas por los godos, que fueron las más, dejando así aisladas las palabras que tanto de una rama como de otra debían fijarse como primitivas, cosa que no podría menos de corroborar las sospechas existentes respecto del origen étnico de los primitivos habitantes de la península, acumulando datos para la solución de tan interesante cuestión.

En algunas provincias no da lugar á tan complicadas investigaciones el averiguar cuál es en la actualidad el origen de sus habitantes. Tal sucede en Cataluña, en donde la raza celta ó celta-romana constituye la mayoría de sus habitantes, observándose restos marcados de la antigua población greco-romana y goda, unidad que los separa bastante, bajo el concepto étnico, de los del resto de la península.

Es verdad que la raza semítica habitó Cataluña durante la dominación cartaginesa, época en que se dió nombre á Barcelona.

Según se relata, Amílcar Barca fué su fundador, y llama la atención que no le diese su verdadero nombre, que era Amilcar, en vez del calificativo Barca, denominación púnica, pero que puede referirse á radicales de la misma familia כִּרְק (1) que, como es sabido, significa rayo ó bien de (2)

(1) Gesenius.—Lexicon hebraicum et Chaldaicum.—Lipsiæ, 1847.

(2) Kazimirski. Dictionnaire arabe-français.—Paris, 1860.



golpear, herir, cualidad sin duda de aquel guerrero á quien llamarían en su época, como Rioja denominaba á Trajano: "Aquel rayo de la guerra,,.

Esto despierta la duda de si en realidad fué éste el origen de la denominación de nuestra ciudad, pues hay también dos palabras análogas, una hebrea y otra árabe, que podían haberle dado origen, tales como בַּרְקוּם que significa pintor, el que da color, y (1) وارسين (1) warcin, barcino, que significa amarillo rojizo (*fulvus*), color de la capa exterior del terreno en que se asentó Barcino, el que aun subsiste en sus alrededores formado de arcilla gruesa, ocrácea, con nódulos de caliza á veces adheridos, concreciones de las aguas de los geysers que en épocas geológicas anteriores aquí existieron (2).

Si bien quedan varios monumentos de la dominación árabe y alguna que otra palabra en nuestro dialecto y giro especial como la terminación de los patronímicos, su influencia fué muy limitada, efecto de lo breve que fué la dominación sarracena.

La Marca hispánica de Carlo-Magno quedó después unida al reino de Aquitania, siendo con este motivo frecuentes las comunicaciones con las regiones ultra-pirenaicas hasta que concentrándose más y más se fué separando de ellas, constituyendo esto evoluciones políticas que en nada modificaron la raza.

La creación de un dialecto especial muy parecido al provenzal, fenómeno que siempre demuestra la vitalidad de una comarca, mantuvo al principa-

(1) Diccionario de la lengua — 1884.

(2) Vezian (Alex.) Terrain Post-Pyreneen des environs de Barcelonne. Montpellier, 1857.



do tan separado de los reyes de Francia como de los reyes de Castilla, dialecto que, hallándose en aquella época en su principio, hubiera sido arrastrado en el progresivo desarrollo que se iniciaba en la lengua francesa ó castellana, asimilándose por completo á alguna de ellas, si la unión de los pueblos hubiese sido íntima.

Estas condiciones lingüísticas, la interposición del nuevo reino de Aragón por la parte de Castilla, las urgentes complicaciones exteriores á que tuvieron de atender los reyes de Francia, considerando como una valla natural el Pirineo, que no necesitaba guarda especial, mantuvieron en nuestro país la unidad de raza que estaba separada de las demás hacía ya bastante tiempo.

La unión de Cataluña con Aragón y la de esta última corona con la de Castilla, y la expulsión total de los árabes, terminan la unificación de la península, á la que venía caminando hacía siglos por laboriosas etapas.

Las diferencias étnicas de las distintas provincias quedaron subsistentes, permitiéndoles la monarquía pura una autonomía, que sea dicho de paso, han visto mermar de una manera continua en tiempo de los gobiernos que blasonan de liberales.

Mas como sea difícil modificar el sello de raza que deben llevar las determinaciones humanas en su evolución social, de aquí la creación de antagonismos, que en no pocas ocasiones han engrosado el oleaje de nuestras discordias intestinas, viniéndose á confundir los hechos étnicos con los políticos.

De aquí que continúe subsistente la distinta



apreciación que se hace de los mismos por los variados pueblos de nuestra península, aun llevando á la discusión su indispensable elemento, la veracidad.

El carácter práctico de los habitantes del antiguo principado, inclinados al trabajo que impulsa el progreso de las artes y crea mil fuentes de riqueza pública y el bienestar privado, llevándole á seguir la rápida marcha que sigue Europa en su desarrollo material, contrasta con el idealismo que se observa en ciertas regiones en donde dominan las preconcepciones teóricas, las que convertidas en repetidas decepciones, se ocultan por medio de natural elocuencia.

La expresión del pensamiento es para unos fija, concreta, atendiendo más al lógico razonamiento, que á la forma, carácter del celta, al paso que para los otros les es natural el dirigir el pensamiento hacia el circunloquio característico de la raza semítica, presentándolo revestido bajo el aspecto lúcido y brillante á que se presta la innegable facilidad de comprensión que tienen para todas las cuestiones.

Estos y otros rasgos que no me detendré en detallar, parece debieran hacer persistente é irreconciliable su antagonismo. Sin embargo, no es así; ese celta-romano ó celta-catalán nunca olvida á sus constantes compañeros de Granada y otras partes, y aunque en continuo disenso en cuestiones económicas y administrativas con los habitantes de las riberas del Tajo y del Manzanares, cuando ve amenazado el honor ó la integridad de la patria común, España, quema la bandera del regionalismo, detiene las huestes franco-celtas coligadas con otros pueblos ante la inmortal Gerona, con admiración



de la Europa entera, y es el primero que clava el pendón de León y de Castilla sobre los muros de Tetuán.

Que nos separen los caracteres de raza, que nos unan los vínculos de civilización; posible es esto, pues lo vemos realizado en Bélgica y Holanda, en Austria y Hungría, y de desear es que se aplique este criterio al Schlewig-Holstein y otras regiones, y que renazca para la moderna diplomacia la cuestión de la destrozada y olvidada Polonia, teniendo muy presente los gobiernos todos que á los pueblos hermanos se les abraza, pero no se les ahoga.

Con lo expuesto habréis podido formar idea del gran número de cuestiones que en sí entraña la etnografía, pero también habréis podido observar que en todas ellas no es posible considerar al hombre bajo un solo punto de vista sinó de una manera compleja, si es que no quiere llamarse completa. Su doble naturaleza (homo duplex) se revela por doquier, armonizándose, reaccionándose, presentándose á veces en antagonismo los dos principios que le forman, lo que constituye la dificultad de su comprensión, elevándolo algunos á la dudosa categoría de un mito. No creáis que en el alto y abstracto terreno de la filosofía halléis la solución de tan difícil problema. Los hechos, sin embargo, resaltan de tal modo que apartándonos de las apreciaciones en que todo son dudas y obscuridades, siempre se considerará como verdadera expresión del sentido común aquella definición del hombre adoptada hace ya muchos siglos por la escuela de Alejandría: "Una inteligencia servida por órganos."

Ese destello de la Divinidad es el que le guía en sus aspiraciones, en las relaciones con sus semejantes



y en el indefinido progreso de las ciencias y de las artes. Por medio de ellas extiende su poder sobre la naturaleza, que es la verdadera dominación, desechando la tiranía sobre sus semejantes, puesto que todos somos hermanos. Con el detenido estudio de los fenómenos naturales ha podido aprisionar las ondulaciones de los imponderables. Con ellos anda, con ellos abre camino en las más ásperas montañas, con ellos ilumina imitando la radiante luz estelar, con ellos escribe, habla y oye á grandísimas distancias y esa continua y constante comunicación que esta facilidad engendra, es, á no dudar, el medio que debe conducir á la fraternidad universal de todas las razas.

Mas que lo grande de semejantes conquistas no nos ciegue. Confinado el hombre en la tierra, su imaginación le lanza á los espacios, pero su cuerpo le aprisiona á la misma; podrá trepar hasta la cumbre de los Andes ó del Himalaya, podrá elevarse en globo á tan altas regiones orgulloso de la conquista de la atmósfera, pero al llegar á cierta altura, sus ojos se inyectan, su voz se debilita, apenas oye, su respiración se hace frecuente, su corazón late con inusitada fuerza, sus miembros se entumescen, la progresión se hace difícil y vacilante, el vértigo perturba sus facultades intelectuales, y rodeado de un frío intenso y de un horroroso silencio ve brillar las estrellas como si se le acercasen en un cielo que pierde su claro azul y se oscurece por momentos. No puede ir ya más allá: coge la cuerda salvadora con la que rasga el delgado tejido de su globo, y le parece oír oculta voz <sup>que</sup> le dice: vuelve á la tierra, en la que naciste y de la que eres hijo; cumple allí tu destino, sometido á



las leyes de la general evolución designada por el Creador; ten muy presente lo frágil de tu organismo, limitación continúa del humano poder, que ha existido y existirá en todas las generaciones, del mismo modo que el gran Salah-Eddin tenía dispuesto que todas las mañanas, al despertar, un esclavo levantase uno de los paños de su tienda y le repitiese estas palabras: "Acuérdate que eres hombre." HE DICHO.

NARCISO CARBÓ

Terminada esta lectura, el Sr. Presidente, en nombre de los Socios del ATENEO, dió las gracias á las Autoridades, á los representantes de las Corporaciones y al público por su asistencia, y declaró abierto el año académico de 1887 á 1888.

V.º B.º

EL PRESIDENTE,

*Narciso Carbó*

EL VICESECRETARIO,

*Joaquín Puigferrer*



MINISTERIO  
DE CULTURA





MINISTERIO  
DE CULTURA





MINISTERIO  
DE CULTURA

